



# EL TELEGRAFISTA ESPAÑOL

REVISTA GENERAL DE ELECTRICIDAD

NÚMERO EXTRAORDINARIO



VISTA DE LA CENTRAL DE TELÉGRAFOS

Madrid 24 de Diciembre de 1893.

SUMARIO

Felices Pascuas.—La explotación técnica de un cable submarino, por ANTONINO SUÁREZ SAAVEDRA.—Daniel Blanco Garrido (con retrato), por ENRIQUE GÓMEZ ARIAS.—Mi gratitud (poesía), por DANIEL BLANCO.—Un recuerdo cariñoso, por AMALIO DEL REY.—R. P. (ilustrado), por ANGEL GUERRA.—Carta abierta, por ALFONSO MÁRQUEZ.—Contestación á la anterior, por el DOCTOR THEBUSSEM.—La electricidad es causa de luz, calor y magnetismo, por FELIPE VILLAVERDE.—A mi querido amigo D. José Bravo (poesía), por JOSÉ MARÍA AGUINAGA.—Dón ó cualidad del Telegrafista, por A. DIEZ PAJARES.—En la ventanilla (ilustrado), por LEÓN ROCH.—Alberto Miret (con retrato).—Las Auxiliares de Telégrafos, por CASIMIRA LLAMAS Y NOOYES.—Miscelánea telegráfica.—La paga y los perros (ilustrado), por MAIMÓN MOHATAR.—Francisco Roldán (con retrato).—Electro-chismografía, por ALMARO.—Advertencia.

FELICES PASCUAS

Cumplimos hoy la palabra empeñada con nuestros compañeros, de publicar este Número extraordinario, cuya confección nos ha proporcionado uno de los mayores placeres de nuestra vida periodística y una de las satisfacciones que más podrán envanecer á esta Redacción: el ver con cuánta espontaneidad nos han honrado nuestros buenos amigos con su cooperación, para nosotros inestimable, y cuán grandes han sido las muestras de simpatía y adhesión que de todos hemos recibido.

Esto nos hace ver, con la elocuencia de los hechos palpables, que el camino emprendido desde su fundación por EL TELEGRAFISTA ESPAÑOL, tan apartado de la adulación servil á los de arriba como incapaz de fomentar las pasiones de los de abajo, es del agrado de nuestros compañeros, los cuales nos alientan hoy con sus cariñosas adhesiones á perseverar en nuestra invariable línea de conducta.

Nuestro reconocimiento más sincero para todos aquellos que nos han favorecido con su colaboración en este Número; y mil perdones rogamos de aquellos otros cuyos escritos no han podido insertarse en estas páginas por falta material de espacio, no obstante haberse aumentado el número ordinario de las de esta Revista.

En medio de este ambiente de pesimismo y desaliento en que vive el Cuerpo de Telégrafos, pruebas tales de unión y compañerismo, como las de que acabamos de ser objeto, nos hacen ver que nuestras sensibles diferencias y rivalidades, por grandes que parezcan á nuestra vista, son como el oleaje que riza la superficie de los mares, convirtiendo sus aguas en montones de espuma, pero sin conmover siquiera el fondo ni alterar la masa total del líquido elemento, que permanece reposada y tranquila.

Aquí, en el fondo, existe arraigado de una manera firme y permanente el amor *al oficio*, ó espíritu de corporación, sin el cual nos hubiéramos ya fraccionado en mil pedazos, al igual de esos asteroides celestes que debieron pertenecer,

sin duda, á cuerpos incapaces de llenar su misión en el concierto de la vida universal, por carecer de la necesaria cohesión entre sus moléculas, sin cuya cohesión debían forzosamente fraccionarse por el infinito de los espacios.

Valiéndonos de este símil, aunque parezca atrevido, diremos que, en lo que al Cuerpo de Telégrafos respecta, debemos procurar, por todos los medios posibles, fomentar esta cohesión ó compañerismo, sin lo cual estaríamos también incapacitados para llenar nuestro deber en la vida del Estado; y á este fin tienden principalmente los propósitos de esta Redacción, ya expresados en el preámbulo del Cuestionario teleográfico publicado en nuestro número del 23 de Octubre, y el cual ha traído, por obligada consecuencia, la publicación de este Número extraordinario.

Conforme á estos propósitos, ofrecimos publicar periódicamente aquellos hechos que durante cada año hayan sido llevados á cabo por individuos del Cuerpo de Telégrafos y que fueran dignos de mencionarse por cualquier honroso concepto, y cumplimos hoy nuestro ofrecimiento publicando aquí los retratos de Alberto Miret y Francisco Roldán, los cuales, en las difíciles situaciones en que uno y otro llegaron á encontrarse, durante el año que termina, supieron dejar á buena altura el prestigio de la Corporación telegráfica.

También publicamos hoy el retrato y biografía de Daniel Blanco, elegido, conforme á la primera pregunta del Cuestionario, como el *morsista* más notable del Cuerpo, por el voto de la inmensa mayoría de nuestros compañeros.

Esta Redacción hubiera querido publicar también en este Número las biografías y retratos de los Sres. Suárez Saavedra, Jackson Véyan, y algunos otros compañeros dignos de esta distinción; pero la falta de espacio nos obliga á dejar para los números inmediatos dichos trabajos, prometiéndonos inaugurar el año entrante con el correspondiente al del castizo escritor y notable electricista D. Antonino Suárez Saavedra.

Réstanos ahora enviar desde aquí un cariñoso saludo á nuestros compañeros, para lo cual no encontramos frase bastante expresiva que dirigirles, si no es la que se oye estos días en todas las bocas y que, por lo menos, tiene el mérito de la oportunidad. Por eso les diremos: ¡Felices Pascuas!



LA EXPLOTACIÓN TÉCNICA  
DE UN CABLE SUBMARINO

I

Son numerosas las explotaciones que por su índole tienen complejo aspecto científico administrativo. En rigor, si atendemos á los progresos hoy existentes y siempre en vías de mejor no hay explotación, por sen-



cilla que parezca, que no revista en sí ambos aspectos; y precisamente por desconocer este cierto principio, son numerosas las industrias de todas clases que permanecen rutinarias, sobre todo en países como el nuestro, en los que la rutina y la carencia de conocimientos técnicos se imponen desastrosamente, mirándose con desdén los procedimientos que la ciencia aconseja.

Y la ciencia, en cualquiera de sus ramos, no significa el producto de la lucubración de imaginaciones exaltadas, sino que es la antítesis de todo lo que no se revele por sus caracteres de precisión matemática, de lógica inflexible. La ciencia verdadera, la ciencia única, la ciencia que se enseña por el razonamiento y el cálculo, lejos de estar reñida con la práctica, es precisamente el lógico resumen de lo provechoso que ésta encierra; es la integral de los esfuerzos prácticos individuales ejercidos en los campos de la experimentación: resultados expresados por fórmulas que sólo pueden parecer de puro lujo á los que desconozcan esos esfuerzos y esa experimentación, é ignoren á la vez los recursos que las matemáticas puras prestan á la expresión de los conceptos técnicos.

Desde el campo, que para ser cultivado con inteligente provecho necesita un ingeniero agrónomo que mejore sus condiciones, deseque los terrenos pantanosos, distribuya bien las aguas, dirija las rústicas construcciones y establezca las industrias agrícolas que ese campo pueda suministrar, y donde á su vez se necesita el administrador que con su acertada contabilidad haga conocer en cualquier momento el balance entre los productos y los gastos, hasta la fábrica donde el algodón en rama éntre por un lado y salga por el otro convertido en vistosas y pintadas telas, y donde el ingeniero industrial tiene ancho campo en que ejercer su ciencia, reparando y mejorando la maquinaria, dando fórmulas y órdenes que mejoren la manufactura, á la vez que el administrador lleva la cuenta corriente entre el gasto y la producción para la más acertada asignación de precios y reformas en el establecimiento, la dualidad científico-administrativa se revela forzosa é inevitablemente en toda explotación algún tanto importante.

II

En los cables submarinos, la explotación de su servicio presenta ese dualismo, quizás más acentuado que en ninguna otra explotación.

Todo cable submarino representa un capital importante inmerso en el fondo del mar, y fácilmente alcanza la imaginación á comprender que su explotación inteligente, no sólo es razonable procedimiento juzgando por analogía con lo que pasa en todas las explotaciones donde el dinero invertido tiene un valor importante, sino que en este caso, dada la índole del negocio, esa inteligencia, puesta al servicio de su explotación, es de absoluta, de imprescindible necesidad, y que prescindir de ella equivale sencillamente á lanzar al mar unos cuantos millones de pesetas; cosa que si alguien se pernite, Gobierno ó contratista, es por pura ignorancia del negocio, más que por capricho; capricho que tratándose de un particular, bastaría para llevarle á una casa de locos, y tratándose del Gobierno, allí donde hubiera verdadera Representación nacional, bastaría asimismo para llevar

al Ministerio á la barra, por derrochador de la pública riqueza.

III

De los cables telegráficos hemos de ocuparnos ahora, y prescindiremos aquí de todo cuanto á la buena administración se refiere; no porque seguramente no sea factor importantísimo, sino porque cualquiera que piense con recto criterio, está en aptitud de comprenderla y establecerla.

Desde el pobre tendero que cuenta por los dedos, ó con granos de maíz, hasta el banquero que á esa administración y contabilidad dedica numerosos empleados, todos saben bien á qué atenerse.

Hay quizás una sola excepción lamentable, y es la administración telegráfica española, en lo que atañe á lo esencial, á lo fundamental de toda administración; y algo hemos de consignar sobre esto, en previsión de responsabilidades que no siempre se exigen en las esferas gubernamentales españolas á los que realmente las han contraído, quizás porque en España, como en ninguna otra parte, son axiomáticos ya aquellos adagios ó refranes de que «siempre la cuerda se rompe por lo más delgado», y el «último mono se ahoga».

Nos referimos á la carencia de recursos que se nota aquí en ciertos servicios técnicos, carencia que nada tiene que ver con la ciencia, y depende por completo de la administración; nos referimos á esa falta de criterio con que en todos los ramos de la administración nacional suele procederse, porque aquí es ya tan inveterada como desastrosa costumbre el economizar donde debe gastarse, para gastar donde debe economizarse; porque aquí, como en ningún otro país, parece cosa ya convenida—aunque desgraciadamente no demostrada—que todos servimos para todo.

Las estaciones telegráficas servidas por cables deben tener un personal *suficiente*, holgado—permítaseme la palabra—para sus atenciones normales y anormales; y ese personal debe ser el más indicado por sus aptitudes para el desempeño de las funciones que se le encomiendan. Con decir esto, nada que huelga á novedad escribimos; y sin embargo de la vulgaridad que predicamos, aún hay en nuestra administración telegráfica alguien que desconoce esto, á juzgar por una carta que tenemos á la vista, según la cual, para sustituir á *veintitantos* funcionarios prácticos de la Compañía de un Cable que según parece va á pasar á manos de funcionarios del Estado—si es que no ha pasado ya al publicarse este número,—éste ha destinado *ocho* *Oficiales*, algunos de los de nueva entrada. Nos resistimos á creer que esto sea exacto, y preferimos suponer que hay en esta noticia error evidente.

La fatiga corporal, en el servicio de día y noche de cables de bastante servicio, trae consigo predisposición á los aturdimientos, al desbarajuste, sin contar con que se priva en absoluto del estudio á quien se impone el cansancio; y en explotaciones delicadas el estudio entra por mucho en la mejor marcha del servicio. Y como esto que decimos tiene más de verdad de Pero Grullo que de teoría nea, de ahí nuestro asombro y nuestra incredulidad.

## IV

¿Hay ó no tecnicismo en la explotación de un cable submarino? Esta pregunta huelga dirigiéndonos á telegrafistas, á electricistas, que saben bien que, en la Telegrafía, la submarina es cuestión delicada, eminentemente técnica, ó no hay tecnicismo en este mundo; pero en esto sucede como en todo lo que á explotaciones técnicas se refiere: ha de haber gente hábil para el trabajo material, y ha de haber Directores inteligentes que dirijan la explotación. Esto suponiendo ya al cable en explotación, porque claro es que la especialidad del tendido requiere á su vez gente práctica para secundar las disposiciones del electricista; en jefe que dirija tan arriesgada como delicada operación.

Claro es también—porque esto está al alcance de cualquiera que sepa aquella gran verdad de que hasta *el oficio del aguador necesita práctica*,—que los Telegrafistas que han de servir un cable, necesitan una preparación indispensable para desempeñar cumplidamente su cometido, sobre todo si, en lugar del sistema Morse, conviene usar otros sistemas.

Tenemos entendido que en el cable de Cádiz á Tenerife se emplea como aparato receptor el *Siphon recorder*, sin que nosotros nos expliquemos satisfactoriamente el motivo, ni menos intentemos combatir medida cuyos motivos de adopción desconocemos. Vistas las cosas desde aquí, ni aplaudimos ni criticamos—ya se ve que somos francos,—que siendo el cable de Bilbao á Falmouth, con no grande diferencia, e la misma longitud y condiciones que el de Cádiz á Canarias, y usándose el Morse con *relais* en el primero, con transmisión relativamente bastante rápida y excelentes resultados, en el segundo haya de emplearse el *Siphon recorder*, siempre de lectura más *engorrosa*, permítasenos la palabra, si bien—así como el galvanómetro Thomson de espejo,—tiene condiciones de rapidez y de sensibilidad exquisita para las grandes líneas. Es evidente que los *relais* usados en los cables de Marsella á Barcelona, y de Falmouth á Bilbao, para poner en acción á receptores Morse, no son los antiguos *relais* que para desprestigiar nuestro usamos aún en los traductores de las líneas españolas terrestres, sino *relais* ó relevadores tan sensibles como los Siemens y los Brown-Allan, cuya descripción, así como la de todos los aparatos empleados en las líneas submarinas, se encuentra en cualquier buen Tratado moderno de Telegrafía submarina, especialmente en el escrito por Wünschendorff en 1888.

En la explotación de los cables, en la transmisión, siempre se emplean manipuladores capaces de producir la inversión de corrientes; es decir, que para cada palabra transmitida, haya una pequeña posición de reposo, durante la cual una corriente contraria anule á la resultante precedente, y también para largas líneas se emplean manipuladores de esta clase, en los cuales la neutralización se efectúa después de cada señal.

No danos grande importancia al sistema de aparatos elegidos para la transmisión de cablegramas. Depende la elección razonada de la longitud del cable y de la importancia del servicio que por él curse; y no sólo no vemos inconveniente en el establecimiento del sistema duplex, sino que hasta lo creemos útil para la conserva-

ción del cable, siempre que tal sistema sea análogo al Siemens, en el cual para el signo verdaderamente duplex hay en el cable corrientes que circulan en direcciones opuestas.

El uso de condensadores depende también de la capacidad electro estática del cable, sirviendo los condensadores—cuando son necesarios por la longitud de la línea, y sobre todo en la transmisión duplex,—para que la línea artificial reúna todas las condiciones de la de trabajo

## V

La característica—digamos así—en la explotación de todo cable submarino y subterráneo de importancia, estriba principalmente en el empleo de débiles corrientes y en tener un exacto conocimiento del estado del cable; porque en éste, como en un sér vivo, los remedios eficaces son los que llegan oportunamente á operar en el paciente.

Ya se comprenden las razones que abonan en favor del uso de corrientes poco enérgicas, si no se quiere *asesinar* á un cable, como me escribía no hace mucho tiempo un querido compañero mío, en ocasión en que nos escribíamos acerca de un desgraciado cable *asesinado* por la impericia de unos y las *estrecheces* del presupuesto de que otros hablan como justificación de poca previsión técnica; teoría ésta de las *estrecheces* que permite el singular efecto de gastar millones—tirados al fondo del mar—para economizar mil pesetas que debieran invertirse en aparatos de experimentación. En primer lugar, tratándose de cables de alguna extensión, ejercen éstos de botella de Leiden, hay condensación, y con ella imprescindible lentitud en la transmisión; en segundo lugar, y aun cuando nada terminante y concreto haya leído—ó recuerde haber leído—en apoyo de mi tesis, yo creo que la corriente eléctrica ataca á la gutapercha, sin que las emisiones de corrientes de repaso opuestas, eviten por completo el mal.

Esto de funcionar con débiles corrientes por cables submarinos y subterráneos, es ya tan practicado en el extranjero, que se necesita no leer nada, ni respetar nada, para que no sea imitado por los que por sí mismos no quieren tomarse la pena de estudiar estas cuestiones.

Veamos, pues, sintéticamente lo que debe hacerse para tener un exacto conocimiento del estado del cable.

Se reduce esto á las tres series de pruebas que nos den el conocimiento de la resistencia eléctrica del conductor, del aislamiento que tiene y de su capacidad electro-estática: sin el conocimiento de estas tres cualidades del cable, ni el remedio llegará á tiempo, ni cuando haya una avería podremos determinar de una manera eficaz, aunque aproximada, el punto del cable donde tal avería se ha producido.

Bueno es, y ello será un mérito para el empleado que conozca la electrometría, saber los medios más en práctica para efectuar periódicamente estas pruebas; pero el buen servicio, la natural división del trabajo, y lo mucho que cuesta un cable, no permiten—ó no aconsejan—que el aprendizaje se haga á costa del mismo cable: son estas operaciones propias del Jefe de la Estación telegráfica, y en esto, como en todo lo que sea delicado, cuantos menos individuos practiquen, mayor facilidad y acierto adquiere el practicante. Por lo demás, si realmente un Telegrafista



conoce y practica bien en líneas aéreas mediciones eléctricas, á bien poca costa, sin más dificultad que la pequeña que resulta de la variación de línea, llega fácilmente á familiarizarse con las mediciones en las líneas submarinas.

Habiendo como hay en el día tanta variedad de análogos instrumentos que sirven para idénticos fines, la misma profusión de aquéllos confunde al principiante; pero en la misma ligera descripción del procedimiento indicaremos el aparato más usual en el día para la medición de que se trate, y resumiremos los aparatos ó instrumentos que son necesarios, sin que tengamos necesidad de ir á preguntarlo á los extranjeros que sirven en cables espafíoles.

VI

La resistencia eléctrica del conductor del cable se aprecia por el puente de Wheatstone—sistema de medición que si no es el único, es, en cambio, el más sencillo á mi juicio,—y siguiendo los procedimientos empleados cuando se trata de líneas aéreas. Claro es que no nos proponemos aquí detallar esos procedimientos, ni los demás que indicaremos, pues no se escribe—ni ese es mi propósito—un Tratado de Electrometría en las pocas páginas de un artículo de un periódico.

Sólo advertiré, por creerlo esencial, que si tratándose de líneas aéreas no importa, y hasta es conveniente el empleo de pilas de altos potenciales, una pila de 8 á 12 elementos Leclanché ó Clark es suficiente para estas pruebas, á fin de evitar fuertes cargas en líneas submarinas ó subterráneas.

La resistencia eléctrica de la envoltura aislante, ó sea el aislamiento, se aprecia como el aislamiento en las líneas aéreas; sólo que en las líneas aéreas lo determina la atmósfera que rodea al conductor, al paso que en las líneas subterráneas y submarinas son las substancias aislantes las que determinan este aislamiento: en este caso—dicho está por el procedimiento mismo—se prescinde de la resistencia propia del conductor, despreciable con relación á la resistencia del dieléctrico, que será tanto mayor cuanto mejores condiciones de aislamiento reuna aquél.

Sin embargo, este procedimiento es poco práctico, porque generalmente, y al menos de existir derivaciones—lo que supone avería en un cable—el aislamiento alcanza un número de megohms superior á lo que puede señalar el puente de Wheatstone, aun estableciendo el máximo de diferencia entre los lados *a* y *b* de la balanza del puente. Mejor resultado daría para esto el galvanómetro diferencial de Clark, que permite derivaciones; pero el mismo puente de Wheatstone puede emplearse estableciendo derivaciones artificiales.

Puede emplearse, y se emplea en ocasiones, el método de Siemens, descrito magistralmente por Wünschendorff en las páginas 371 y siguientes de su excelente Tratado.

La pérdida de carga es un medio de apreciar el aislamiento del cable, y el procedimiento consiste en apreciar el estado del cable por el tiempo que tarda en perder la mitad de su carga. Siendo *Q* la carga al cabo de un tiempo *t*, y *T* el tiempo necesario para que esta carga adquiera un valor igual á  $\frac{Q}{2}$ , la fórmula

$$R = 0'4343 \frac{t}{C \cdot \log \frac{V}{v}} \quad [1]$$

dada por Siemens,—en la cual los logaritmos son decimales, *t* se expresa en segundos y *C* en microfaradias, siendo  $\frac{V}{v}$  la relación entre los potenciales correspondientes á *o* y *t* tiempo,—sirve para determinar el valor de la resistencia que la corriente encuentra para circular por las substancias aislantes, y sirve, por consiguiente, para medir el aislamiento.

Porque es evidente que conociendo la pérdida de carga, conocemos el aislamiento, como en una canal que se llene de agua, conociendo la cantidad introducida y la recogida al extremo,—teniendo la canal la diferencia de nivel necesaria, que es, como si dijéramos, el origen del potencial ó sea del movimiento del líquido,—conoceremos la pérdida de agua sufrida por filtraciones, y por consiguiente el grado de impermeabilidad de la canal conductora.

A la relación  $\frac{V}{v}$  puede sustituir la relación entre las cargas correspondientes á los tiempos indicados, y por consiguiente la relación entre las desviaciones *d* y *d*<sub>1</sub> de la aguja del galvanómetro en las impulsiones correspondientes. Entonces tendremos que el aislamiento del cable al cabo del primer minuto es  $R = 26'06 \frac{1}{C \cdot \log \frac{d}{d_1}}$

El método de sustitución se reduce á emplear un galvanómetro de espejo como el Thomson, tomando las desviaciones *a*, producida por una pila en un circuito, cuya resistencia sea de un megohm, y *b* la resistencia del cable; en este caso, siendo *R* la resistencia de aislamiento del cable, tendremos

$$\frac{a}{b} = \frac{R}{1}; R = \frac{a}{b}$$

Determinada la resistencia del dieléctrico de un cable, ó conocida que sea por cualquier procedimiento, su capacidad, se deduce de la fórmula [1], partiendo ambos términos de la ecuación por *R* y multiplicando por *C*: tendremos pues, llamando *C* á esta capacidad:

$$C = \frac{0'4343 \times t}{\log \frac{V}{v}}$$

VII

Importa mucho efectuar pruebas, cuando menos semanales, y consignar todas estas pruebas en un registro, única manera de deducir por comparación el estado sucesivo del cable en su conductibilidad y aislamiento. Ya se comprende, pues, que estos registros han de llevarse con conciencia: como que tales datos sirven también para determinar, en caso de avería, el punto donde probablemente existe la avería.

En ellos debe apuntarse el punto en que la prueba se efectúa, el día y la hora en que tiene lugar, la longitud del cable, la resistencia total del conductor total y por milla la temperatura, la capacidad electro-estática total y por milla, la resistencia media del dieléctrico experimentada

con las dos corrientes, el aislamiento, y las demás observaciones que se crean convenientes.

Estas pruebas deben efectuarse con separación para el cable subterráneo que une generalmente á la Estación telegráfica con la caseta de amarre, y para el cable submarino.

A primera vista parece que estas líneas subterráneas pudieran suprimirse, empalmando una línea aérea con la submarina mediante la interposición de un buen descargador ó pararrayos; pero nosotros los Telegrafistas sabemos bien que no existe en el día un descargador, ni un pararrayos, que reuna las circunstancias de permitir el constante trabajo de la línea y que preserve con seguridad al conductor y á su dieléctrico, es decir, evitar absolutamente el paso de toda descarga atmosférica. Y tratándose de costosos cables, ya se comprende la absoluta necesidad de evitar tal deterioro, como se evita de una manera completa con una línea subterránea que sirva de enlace entre el amarre y la Estación.

## VIII

La determinación aproximada del sitio donde se encuentre una avería en un cable, es cuestión importantísima, compleja y de resultados interesantes, tanto desde el punto de vista técnico como desde el económico.

Eso de que un cable averiado se abandone para colocar otro, equivale—por el mucho dinero que cuesta—á abandonar un soberbio palacio y edificar otro cuando en aquél se observan desperfectos; y si España hasta ahora se ha permitido este derroche con sus cables submarinos, tiempo es ya de abandonar tan absurdo sistema, reñido con la pobreza del Tesoro y con los recursos de la ciencia.

Lo que procede es conocer bien, durante la explotación, el estado del cable, y cuando una falta se presenta en éste, por las pruebas que se hacen en el momento, y por las anteriores, calcular dónde existe esa falta. La experiencia demuestra que tomando como límites los resultados de este cálculo, hecho en ambos extremos del cable, la avería queda localizada, milla más ó menos.

Los casos de avería que pueden presentarse son los siguientes: 1.º, el conductor se halla en contacto con el agua del mar, sin haberse roto; 2.º, el conductor está roto, y en contacto con el agua; 3.º, el conductor está roto más ó menos, pero sin hallarse en contacto con el agua del mar.

Pero al llegar á este punto de nuestro resumen sobre la manera de explotar técnicamente un cable—ó sea desde el punto de vista de su conservación,—caemos en la cuenta de que aun exprimiendo, resumiendo y mutilando lo que sobre esto han escrito los autores más modernos y competentes en voluminosos libros, lo que nos resta que decir es mucho relativamente, para que todo quepa en un artículo, por largo que sea éste. Y como la homeopatía en literatura científica no admite una atenuación infinitesimal, por aquí cortamos por hoy, prometiendo terminar en otro número de esta Revista.

ANTONINO SUÁREZ SAAVEDRA.

Bilbao 16 de Diciembre de 1893.



## DANIEL BLANCO GARRIDO

Tiempo ha que andábame á mí en mientes la idea de dibujar en las páginas de EL TELEGRAFISTA ESPAÑOL la figura de Daniel Blanco, el mejor *morsista* de España, según la conjunción de votos y juicios de la mayoría de los funcionarios de Telégrafos.

Pero en santo temor á aquello que no encuadraba el marco de mis aptitudes, y más en honor



D. Daniel Blanco Garrido.

á la *vera efigies* del mi amigo, que á pintarla yo resultaría tosca y deslavada, hube de renunciar á mi deseo, muy sentidamente por cierto.

He aquí ahora que el plebiscito votado por los compañeros del Cuerpo ha dado por ley de verdad el primer lugar á mi antiguo modelo y movido mi espíritu al entusiasmo por tan justa sentencia, y háme dispuesto en su honor y festejo á quebrar cañas que habrían de tornarse lanzas si alguien mantuviera no ser bueno lo dicho y aun lo que se ha de decir.

Daniel Blanco es el mejor *morsista* del mundo. Esto, que antójaseme á mí habrá de parecerle á alguno una hipérbole andaluza, por no haberme satisfecho la limitación de España, es una escuetísima verdad, fundada en que la exis-



tencia de lo único no se limita en la determinación topográfica de un país, sino en la general de la esfera. Es decir, que Daniel es *único* en su género; y no cabe negar esto, ni contra esta afirmación han de prevalecer aquellos razonamientos filosóficos de que las aptitudes, energías y facultades orgánicas y anímicas, siendo variables en los hombres, dan lugar al mejor y al peor; ó, más claro, á aquello de que «donde hay bueno hay mejor,» y de que «á todo hay quien gane»; porque aquí el *mejor* y el que gana á todos, es Daniel; y... ni Cristo pasó de la cruz, ni Telegrafista de Daniel.

Daniel Blanco ingresó en Telégrafos un niño. No tenía aún dieciséis años. Un Bachiller á quien hubo de hacerse un sillón para que alcanzara á la mesa de aparatos. Un funcionario del Estado que lloraba cuando las exigencias del servicio no le permitían *retirarse* antes de las once de la noche. ¡Era horrible andar por esas calles, expuesto á que le comieran á uno!... Además... ¡se dormía también bajo la mesa de aparatos!

.....  
Pero no es esto lo de que se trata. Es preciso probar la verdad de lo dicho.

La determinación de hechos y el honrado nombre de testigos presenciales son sobrada garantía de los mil orlados méritos escondidos en cada una de las hojas de la historia de Daniel Blanco.

Daniel recibe cuanto y cuan rápidamente se le transmite: todo es lento para él. Alemán, ruso, noruego... ¡qué más dal ¡vivol ¡al vuelol ¡cien despachos por hora...! Pero ¿quién los transmite? ¡Qué pena no recibir á un Wheatstone!

Yo lo recuerdo perfectamente.

Una guardia.—Palencia tiene *ochenta* despachos de numeración correlativa é igual hora. Palencia transmite sin indicación de número, fecha ni hora. Abrevia cuantas palabras hay en el texto, y en  *cincuenta y cinco*  minutos que dan recibidos los despachos y suplidas las omisiones.

Otro recuerdo.—Madrid tiene aglomerado servicio. Hace la escala Valladolid, y tres horas bastan para que Daniel reciba  *ciento sesenta*  despachos.

La Dirección general, como en otras dos ocasiones y por idénticos motivos, reconoce y premia el mérito de Daniel con excepcionales gratificaciones.

¡Ah! Si las gracias de oficio que, además, se le han dado, tuviesen un divisor común con los billetes de Banco, ¡cuántos duros tendría Daniel!

Y, sin embargo, esto no constituye su verdadero mérito.

Daniel sirve el *duplex* completamente solo. Es decir, llega donde no llega la voluntad de muchos hombres: á imponer una forzosa disconformidad en movimientos que por naturaleza tienden á unificarse y sincronizarse: á recibir y transmitir á un tiempo. Y aún esto es poco; poco

siempre. Daniel recibe en dos *Morses*, á la vez que transmite en otro. Hasta explicarlo se hace difícil. Dos cuadernos al frente; un *Morse* á la derecha, por el que se recibe á oído; otro por el que se recibe á la cinta, y un martillo á la izquierda, por el que se transmite. De este hecho ha sido testigo presencial todo un turno de guardia en el Centro de Valladolid, no hace aún muchos meses.

¡Un hombre que suple á tres! Y si tuviera otra mano, supliría á cinco.

Por otra parte, el carácter muelle de Daniel hále sugerido mil medios para no abdicar, aun dentro de la ingratitude del servicio, de un relativo *confort*.

Allí, desde la estufa, á 15 metros del aparato, recibe una tanda, á trueque de no dejar el grato calor de aquella.

¡Cuidado que eran hermosas aquellas tardes de Bilbao recibiendo despachos en el balcón, á la vez que pasaba revista á las más bellas *éskaras*!

Y... en fin, ¿qué más? Si los organismos de la Administración se rigieran en orden al mérito y á la aptitud individual, como en aquellos otros de la esfera privada, hace muchos años que Daniel Blanco sería Director general.

Voy á terminar.

Daniel Blanco es poeta; sus versos se han leído siempre con verdadero placer (véase á seguida la muestra); al presente es *consorte*, como él dice, de otro compañero en un *delito* cómico, representable, que habremos de aplaudir cuando este Número salga á luz.

¡Y no va más!

ENRIQUE GÓMEZ-ARIAS.



## MI GRATITUD

—  
Á MIS « ELECTORES »

Me habéis hecho, francamente,  
sentir tan grata inquietud,  
que, por seguir la *corriente*,  
os transmito como *urgente*  
mi profunda gratitud.

—  
Sincera y *franca* y cordial,  
otra mayor no hubo en mí  
desde el día en que la *sal*  
—hace ya años—recibí  
de la *pila* bautismal.

—  
Por eso mostrar hoy sólo  
—yo que la verdad no inmoló  
ni de orgullo tengo empacho—  
quisiera de uno á otro *polo*  
cuanto escribo en mi *despacho*.

Y no os cause *admiración*  
que á comprender mi razón  
no logre, en sus pocas luces,  
el por qué de esa elección  
que me deja haciendo *cruces*.

Si el trabajo fué mi egida,  
nada en ello hay de notable.  
¡Nada! ¡Si es cosa sabida  
por todos que él es el *cable*  
del áncora de la vida...

Verdad que de ella en la *escala*  
hay quien goza y se regala  
y encuentra cómodo asilo,  
y va, pendiente de un *hilo*,  
haciéndola menos mala.

Pero es fuerza comprender  
—aunque el derecho se trunque —  
que en nuestro *destino*, ayer  
como hoy y siempre, ha de ser  
uno, el *martillo*; otro, el yunque.

Y eso fuí yo solamente:  
yunque á los golpes propicio  
que por modo *permanente*  
hizo en frío y en caliente  
malo ó bueno su *servicio*.

Eso no más. Férrea masa  
de *resistencia* no escasa,  
que hoy se os autoja, por ello,  
digna de ostentar el *sello*  
de vuestro afecto sin *tasa*.

Él colma mis alegrías  
y hace mi suerte sin *par*;  
¡pues viene á *localizar*  
del *alma* las averías,  
que nadie ha de *remediar!*...

Hubo un tiempo—el tiempo aquel  
*libre* de arteros amaños,—  
en que, á mi bandera fiel,  
oyera, en frases de miel,  
loas de propios y extraños.

Un tiempo en que, sin *cesar*,  
mi vida al alborar,  
pasara por nas prolijas,  
en fuerza de *machacar*  
y apretar bien las *clavijas*.

Un tiempo en que la experiencia  
yo del mundo no *observara*;  
un tiempo, de ella en ausencia,  
en que sin *parar* *marchara*  
la *rueda* de mi existencia...

¡Cuánta esperanza fallida!  
¡Cuánto entusiasmo maltrecho!  
¡Cuánta fe desvanecida,  
y cuánta hiel escondida  
en el fondo de mi pecho!

Vosotros, los que de grado,  
y en *eléctrica carrera*  
mi fama habéis pregonado,  
parad un *punto* siquiera  
en mi sino malhadado.

Luchad como yo luché,  
de amante *celo* al abrigo,  
y hallaréis, como yo hallé,  
de ese mismo celo al pie,  
vuestro mayor enemigo.

Como yo en mejores días,  
pedid al cuerpo energías,  
ilusiones á la mente,  
al alma entusiasmo ardiente  
y al corazón alegrías.

Robad su afán al amor,  
á la constancia su fruto,  
á la inocencia el candor,  
á la amistad el favor,  
y al reposo su tributo.

Llegad, por *prueba*, hasta ahí,  
cuerpo y alma en cruda guerra,  
¡y decidme luego si:  
es extraño que haya en mí  
*derivaciones á tierra!*

¿Y eso benévolamente  
juzgasteis en mí virtud?  
Pues... dejadme nuevamente  
que os *transmita* como *urgente*  
mi profunda gratitud.

¡Quién sabe si, al recorrer  
mi fama el mundo, en mi homilia,  
llegará alguno á creer  
que aún puedo llegar á ser...  
un buen padre de familia!

DANIEL BLANCO.

## UN REGUERDO CARIÑOSO

Si la electricidad y el magnetismo no hubieran sido poderosamente auxiliados por la mecánica, los incesantes experimentos de los físicos hubiéranse transmitido de generación en generación, sin pasar sus descubrimientos de la categoría de aplicaciones curiosas de la física, en vez de inventos de utilidad y uso universales. Afortuna



damente los electricistas han sido secundados por los mecánicos, y los trabajos de unos y otros, al complementarse, han dado solución satisfactoria á problemas de capital importancia.

El estudio de la electricidad y de los procedimientos mecánicos puestos en juego para que los descubrimientos hechos en el anca de una rana tuvieran útil aplicación en la vida social, es lo que me ha guiado á dedicar, desde las columnas de EL TELEGRAFISTA ESPAÑOL, un cariñoso recuerdo á los inmortales Morse y Hughes, que han sabido hermanar esas dos ciencias y legar un nombre ilustre á la Telegrafia, donde quedaron patentes incontrovertibles las pruebas de sus poderosas inteligencias.

Transmitir de un punto á otro el pensamiento con la velocidad del rayo, parecía problema de difícil solución; hoy, no solamente se reproducen en un punto las letras que en otro se imprimen, sino que hasta la voz humana es transportada con velocidad vertiginosa en alas de ese fluido misterioso que el hombre ha conseguido manejar á su albedrío. Yo no sé qué admirar más, si la sencillez encantadora del Morse ó el tratado completo de mecánica que encierra el aparato Hughes. Morse sin estar entregado al estudio de la física, puesto que era pintor, encontró pronto solución á uno de los problemas que se plantearon á bordo del *Sully* cuando hacía una travesía de América á Europa; la física le decía que una barra de hierro dulce, envuelta por un hilo de cobre, se convertía en imán cuando se hacía circular una corriente, cesando la imantación al cesar aquella; y este descubrimiento, debido á Arago y Ampère, fué la base de todo el sistema Morse.

Había, pues, que buscar en la mecánica los medios de utilizar el descubrimiento de aquellos físicos, y encontró la manera de colocar una palanquita de hierro dulce que, al ser atraída por el electro-imán, deja marcada sobre una tira de papel las huellas, por decirlo así, de una imantación transitoria; ideó también un mecanismo que arrastrara la cinta, y quedó reducido el problema á combinar emisiones de corta y larga duración, para formar así el alfabeto que todos conocemos, y que ha llegado á ser universal. Inventado el receptor, poco había que trabajar ya para completar el primer sistema de aparatos impresores; el manipulador, que ninguna modificación ha sufrido desde que se inventó, quedó formado por una palanca que, comunicando con la línea, enviaba á la estación receptora una serie de corrientes, merced al martilleo sobre un yunque, en comunicación con la pila; esta serie de emisiones imantaba y desimantaba el hierro dulce del electro imán en la estación receptora, por el mismo orden y con iguales alternativas y duraciones que las señales hechas por el manipulador: haciendo pasar la tira de papel entre un disco de metal que tomaba tinta y el brazo anterior de la palanca, quedaba resuelto el problema. ¿Puede idearse nada más sencillo? La sencillez de este aparato y la seguridad de sus indicaciones

le ha conquistado en justicia el nombre de «Rey de los aparatos impresores».

Si el aparato Morse encanta por lo sencillo, el Hughes admira por su complicado mecanismo y precisión matemática; se necesitaba la pluma de un Echegaray para poder elogiar cual se merece al sabio profesor americano por ese portento de mecánica que nos ha legado con su precioso aparato, última palabra del telégrafo impresor. Todo induce á creer que Mr. Hughes tomó como base de su sistema al veterano Breguet, tal es la relación que existe entre ambos aparatos; el receptor de este último sistema fué sustituido por otro que dejara rastro de los despachos recibidos, y no es fácil calcular la serie de dificultades que Mr. Hughes tuvo que vencer para llegar á la solución de tan delicado problema; dificultades todas de verdadera importancia, sólo vencidas por su inquebrantable fe y superior inteligencia. La rueda de tipos fué, según confesión del inventor, la que mayores dificultades le proporcionó; tratábase de que dos ruedas semejantes, en cuyo canto van grabadas en relieve las letras del alfabeto, intercaladas con las cifras y signos ortográficos, partieran de un mismo punto y girasen en distintos aparatos con velocidades iguales, á pesar de las variaciones á que da lugar el trabajo mecánico; tratábase de coger al vuelo una letra que gira con gran velocidad, y era además necesario obtener el avance regular del papel-cinta. Un aparato de relojería, provisto de una varilla vibrante y un freno regulador, dieron resuelto el primer caso; pero como la igualdad de velocidades no podía obtenerse de una manera absoluta, tuvo Mr. Hughes precisión de hallar el medio de corregir este defecto.

Inventó la rueda correctriz, compuesta de 28 dientes—tantos como letras—y el muñón corrector, especie de cuña de acero que, colocada en el eje impresor, se introduce á cada vuelta entre dos dientes de la rueda correctriz, que está unida á la de tipos; como el eje impresor gira en el momento que la corriente, al desprender la palanca, dispara el trinquete del roquete, podría decirse que este eje gira con igual velocidad que el aparato transmisor; si el receptor no estuviera animado de un sincronismo perfecto, el muñón corrector, al introducirse entre los dientes de la rueda correctriz, retardaría ó aceleraría el movimiento de la de tipos para obtener que la impresión de la letra correspondiese á la emisión de la corriente. No sería perfecto el sistema Hughes, si sólo pudieran imprimirse en su aparato letras; era necesario imprimir también las cifras y signos ortográficos; y para obtenerlo, dotó á la rueda correctriz de una pequeña báscula ó placa de cambios, cuyos dos extremos están al nivel de los dientes, de manera que cuando el muñón engrana entre dos dientes cubiertos por uno de los brazos de la báscula, la empuja, imprimiendo de este modo un pequeño movimiento á la rueda de tipos. ¿Puede inventarse nada más sencillo para obtener resultado tan maravilloso?

No es mi ánimo describir aquí un aparato que de sobra conocen todos mis compañeros; pero no puedo sustraerme al deseo de rendir tributo de admiración al inventor que de una manera tan sencilla logró dar cima á tan complicado problema: todo es en el Hughes admirable por su precisión y sencillez. Cuando el aparato no trabaja, la amplitud creciente del péndulo tiende á rebasar los límites de su movimiento, aumentando el radio de la base del cono, formado por la varilla vibrante; entonces, el freno regulador oprime su frotador contra las paredes interiores del tambor, y obliga á mantener uniforme el movimiento; si, por el contrario, el trabajo mecánico del aparato le hace perder alguna velocidad, el freno se contrae, dando así mayor amplitud á las revoluciones de la varilla. ¿Puede darse nada más ingenioso? La participación que la electricidad tiene en este sistema, está fundada en la acción de las corrientes sobre los imanes; así que el órgano electro-magnético de que está dotado el aparato no hubiera sido suficiente sin el poderoso auxilio de la mecánica para dar resuelto un problema que es hoy considerado como la última palabra en aparatos impresores. Hay que rendir justo homenaje de admiración á Volta, Ampère y Arago por sus maravillosos descubrimientos; pero como Telegrafistas debemos saludar con cariñoso respeto los nombres de Morse y Hughes, quienes supieron aprovechar los descubrimientos de aquellos físicos, convirtiéndolos en inagotable venero de riqueza.

#### AMALIO DEL REY.

Coruña, Diciembre 1893.

### R. P.

Es inaudito el horror que la llegada de un telegrama produce en el seno de los hogares domésticos.



Conozco á una apreciable señora que salió de su cuidado dos meses antes de la cuenta, sólo porque vió á un ordenanza del Telégrafo llamar á su domicilio.

Luego resultó que el tal ordenanza se había equivocado en el piso; pero la impresión sufrida por la señora fué tan violenta, que anticipó la venida al mundo de Rupertito, un apreciable sietemesino que se asemeja, visto de perfil, á nuestro alambre fosforoso de dos milímetros.

Por eso suele decir la mamá, condolida de la endebles del chico:

—Este lo precipitó al mundo un ordenanza de los del Telégrafo.

Ahora, con motivo de los calamitosos sucesos que han hecho tristemente memorable á este año que termina, se ha recrudecido el sentimiento innato de horror que de antiguo inspiraba la llegada de un telegrama á los domicilios respectivos de todas las capas sociales.

La familia Peláez se encontraba días pasados reunida en pleno, celebrando el cumpleaños del mayorcito de los chiquitines.

Acababan de sentarse todos á la mesa, cuando sonó la campanilla de la escalera.

Como no esperaban á nadie, y además los ánimos están tan excitados, á la señora de Peláez le dió un vuelco el corazón, y al marido se le mudó la color del semblante.

—Abre pronto, Sinforosa, ordenó éste á la criada, haciendo lo posible por dominar su turbación.

La sirvienta marchó á cumplir la orden, y á poco se la oyó decir estas palabras, que causaron en el comedor el efecto de un petardo con nitroglicerina:

—Señorito, un parte.

Los esposos Peláez cambiaron entre sí una mirada suprema, como si trataran de fortalecerse mutuamente.

—¡Me lo daba el corazón! exclamó angustiadamente la señora: ¡ese es de nuestro pobre sobrino que está en Melilla!

Mientras Peláez firmaba el recibo con mano convulsa, su señora, sobreponiéndose á las circunstancias, se atrevió á romper el sobre; pero apenas hubo fijado la vista en el telegrama, cayó acometida de un síncope.



—¡Muerto! *Requiescat in pace!* articulaba entre dientes la pobre señora, mientras el marido, que no podía explicarse la prontitud con que su costilla había leído la aterradora noticia, pugnaba por coger el telegrama que aquella estrujaba nerviosamente entre sus manos.

—Leonora, esposa mía, vuelve en ti. Eso debe



ser una lamentable equivocación del Telégrafo. ¿Cómo nos había de telegrafiar el sobrino, si el pobre hubiese fallecido?

—¡Claro! agregó uno de los parientes: eso sería imposible, á menos que no llegasen las líneas telegráficas hasta el otro mundo.

Pero doña Leonor no estaba en situación de apreciar la fuerza de estos argumentos.

Fué necesario darle antiespasmódicos y friegas de vinagre, mientras los chicos, aprovechando la tribulación de la familia, se repartían amistosamente una gran fuente de natillas que estaba reservada para los postres.

Al fin se consiguió que doña Leonor abriese los dedos, y entonces Peláez pudo leer el telegrama causante de tanta tribulación en la familia.

—¡Si es de nuestros parientes de Villamelones, para preguntarnos si se dejaron aquí una manta el último día que vinieron á visitarnos!

—Entonces, ¿qué significan esas iniciales que parecen las de *Requiescat in pace*, que ponen en las papeletas de defunción?

—Pues estas iniciales R. P., deben ser abreviaturas del Telégrafo; sin duda porque el despacho traerá pagada la respuesta.

Restablecióse la calma, pero ya nadie tuvo ganas de comer. Los mayores, por la impresión recibida; los chicos, porque durante el *interregno* se habían atracado de natillas.

—No volverá á pasar otra, decía el esposo Peláez: mañana mismo voy á ver á mi amigo Monares, é fin de que ordene no se pongan más en los telegramas estas alarmantes iniciales.

ANGEL GUERRA.



## Carta abierta.

Cádiz 29 Noviembre 1893.

AL SEÑOR DOCTOR THEBUSSEM

*Cartero honorario de España y de sus Indias.*

*Medina Sidonia.*

Apreciable Doctor: Como quiera que, por mal de nuestros pecados, los Telegrafistas tenemos también, *per se*, nuestras puntas y ribetes de empleados postales, bajo tal concepto no podemos por menos de considerar á usted como colega, puesto que usted y nosotros pertenecemos á la institución postal, en la cual desempeña usted un cargo honorario, y nosotros también, aun cuando usted, si bien no cobra, la verdad es que no ejerce, y nosotros ¡ay míseros! ejercemos de empleados postales y tampoco cobramos un céntimo del presupuesto de dicho ramo.

Digo esto á manera de prólogo, á fin de que no encuentre usted extraña la petición que tengo el encargo de hacerle en nombre de EL TELEGRAFISTA ESPAÑOL, cuyo periódico me tiene dispensado

el honor de considerarme como su representante en esta provincia, donde usted y yo estamos domiciliados.

Es el caso que acabo de recibir una misiva del Director de dicha publicación, cuya tesis (la de la misiva) es la siguiente: «Usted, que vive ahí cerca del doctor Thebussem, y á quien quizás conocerá personalmente, por haber colaborado dicho Doctor en un *Anuario Telegráfico*, que usted y otros compañeros publicaron en Cádiz hace algunos años, pídale un artículo para el Número extraordinario que ha de publicar EL TELEGRAFISTA ESPAÑOL la víspera de Nochebuena.»

Como se ve, el señor Director no ha podido ser más lacónico y expresivo. Pero á mí me quedar ahora el hueso que roer; me queda trasladar á usted la petición de tal manera, que no parezca un *sablazo* literario; me queda presentar la cuestión bajo un aspecto que, á riesgo de ver desmentida esta vez la fama de afectuoso y cortés, en usted proverbial, no podrá menos de acoger con su acostumbrada benevolencia esta misiva.

Para esto, no encontrando nada tan socorrido como el sistema de preguntas usado de se Ollendorff en sus Gramáticas hasta el padre Ripalda en su Catecismo, voy, parodiando á los referidos señores, á preguntar á usted lo siguiente:

¿Cree usted, apreciable Doctor, que es justo y equitativo que nosotros los Telegrafistas continuemos desempeñando indefinidamente un servicio tan ajeno á nuestra profesión, como lo es el servicio postal?

Los encargados de hacer las leyes contestarían á esta pregunta diciéndonos que «el estado angustioso del Tesoro público exige este sacrificio del Cuerpo de Telégrafos».

Pero usted no puede tener un criterio tan cerrado en el asunto, y ese es el que deseáramos conocer.

Nosotros estamos conformes en que el estado del Tesoro público (y el del privado) sea angustioso; y estamos conformes también en que, dada tales angustias, se deben exigir los referidos sacrificios á cuantos puedan venir á prestar gratuitamente este servicio postal. Pero ¿es de rigor que los sacrificados hemos de ser precisamente los Telegrafistas?

¿No hay en las localidades donde nosotros desempeñamos el servicio postal, además del nuestro, otros empleados públicos, tanto del Estado como de la Municipalidad, que pudieran compartir con nosotros el peso de la cruz que sólo los Telegrafistas llevamos sobre nuestros hombros?

Porque con la misma lógica con que desde hace años nos vienen obligando á desempeñar gratuitamente el servicio de Correos, podrían también obligarnos á desempeñar el de Instrucción pública, y enseñaríamos el silabario á los chicos, en los ratos que estuviere el Telégrafo en reposo... ¡ó nos encargarían del ramo de limpieza pública y llevaríamos la basura en las horas del *cese*!

Dado que el servicio postal ha de hacerse gra-

tuitamente, ¿no sería más equitativo distribuirlo en cada localidad entre los vecinos de la misma?

Porque yo creo que no habría inconveniente en que, por ejemplo, se repartiase dicho servicio, durante los días de la semana, entre los vecinos *letrados* de cada localidad, con arreglo al turno siguiente:

Lunes.—El secretario del Ayuntamiento.

Martes.—El cura, ó en su defecto el sacristán, si es hombre de letras.

Miércoles.—El jefe del puesto de la Guardia civil.

Jueves.—El médico.

Viernes.—El boticario.

Sábado.—El telegrafista.

Domingo.—El maestro de escuela.

También pudiera hacerse semanalmente la distribución de turno, señalando á cada vecino uno de los meses del año y cuidando del mismo modo que el Telegrafista de cada localidad fuera solamente uno de tantos para sobrellevar dicha carga pública.

¿No juzga usted lógica y equitativa esta proposición? ¿Se le ocurre á usted alguna otra más práctica y razonable?

Seguro estoy de que el Director de EL TELEGRAFISTA ESPAÑOL se daría con un canto en los pechos con tal de conocer la autorizada opinión de usted sobre este importantísimo asunto, y de poder publicarla en el referido Número extraordinario.

Por esta razón, si usted se dignase contestar á mis preguntas, todo quedaría perfectamente arreglado y todo el mundo contento: usted, por no tener que soportar el remordimiento de dejar esta carta sin respuesta (lo cual sólo es admisible en hipótesis); yo, por poder complacer al Director de EL TELEGRAFISTA; y éste, en fin, por ver honrado su periódico con una acreditada firma, como es la de usted, sin que esto parezca servil lisonja.

En espera, pues, de su respuesta, que transmitiré fielmente al periódico citado, y deseando que sus aficiones postales, en usted conocidas, las haga extensivas á los Telegrafistas, se repite de usted afectísimo semi-colega y total servidor

Q. B. S. M.,  
ALFONSO MÁRQUEZ

## RESPUESTA A LA ANTERIOR

MEDINA SIDONIA y diciembre á 8 de 1893.

Sr. D. Alfonso Márquez, y de todo mi aprecio:

He recibido la atenta carta de Vm. del 29 de noviembre, en la cual me hace el honroso encargo de que escriba algunos renglones para el número extraordinario de EL TELEGRAFISTA ESPAÑOL, que ha de publicarse en Madrid el día 23 del corriente mes de diciembre de 1893.

Cierto que años atrás, y doblegado por la amistad, puse cuatro renglones en un *Almanaque* telegráfico que se estampó en Cádiz; pero allí dije, y ahora repito, ser completamente lego en dicha materia, y hallarme por consiguiente imposibilitado de corresponder á los deseos de Vm.

Muestra Vm. voluntad de que yo haga *extensivas mis aficiones postales á las telegráficas*; y como esto no depende de mi ánimo ni lo permiten mis conocimientos, le argüiré á Vm. con palabras tomadas de su lisonjera epístola, en la cual asegura Vm. que *el servicio postal, es ajeno á la profesión de telegrafista*, de donde yo deduzco, no sé si derecha ó torcidamente, que *el servicio telegráfico, es ajeno á la profesión de cartero*.

El haberme ocupado y escrito algo sobre postas, no es razón para que entienda de telégrafos. Viene á ser—por ejemplo—como si al mayoral de la mala, y so pretesto de que la mala lleva cartas, se le obligase á dirigir la nave que portea la correspondencia para ultramar.

No me sorprende que los telegrafistas, como todos los funcionarios públicos y aun los que no lo son, se hallen sometidos á las disposiciones del Gobierno. Este puede aumentar los impuestos, encargar de tales ó cuales comisiones á funcionarios de diversas carreras, y hasta obligar (como obliga) al ciudadano más libre á que, contra toda su voluntad y talante, haga el papel de magistrado, entendiendo y ocupándose en sentenciar pleitos criminales. Y cuenta que al pobre *jurado* no le queda el recurso de renunciar su destino, como lo tiene el telegrafista á quien no le acomode despachar el servicio de correos.

En nuestra época—y vaya de símil—todos los abogados son peritos en leyes civiles y criminales, y todos los facultativos lo son en medicina y cirugía. Caminan juntos dichos estudios. Cualquiera juez puede fallar tanto en la sala del crimen, como en la de lo civil; del mismo modo que cualquier médico tendrá á su cargo la enfermería de los tísicos, ó la de aquellas dolencias en que la sierra y el bisturí sean el pan nuestro de cada día.

Quiero decir con esto, que si los estudios y exámenes para ingresar en el cuerpo de comunicaciones fuesen UNIDA, JUNTA é INSEPARABLEMENTE, los que hoy se exigen para correos y para telégrafos, á la vuelta de tres ó cuatro lustros (y respetando mientras, en cuanto fuese posible, los derechos creados), desaparecerían por completo las diferencias ó semejanzas que unos hallan y otros no hallan entre dos ramos que se ayudan y completan tan maravillosamente como el alma y el cuerpo, y á los cuales viene, como anillo al dedo, el adjetivo de *análogos*.



Si mi receta es, según sospecho, parecida á la de Don Quijote para destruir al turco, sea Vm. benévolo con las impertinencias y dislates de su muy atento s., q. l. b. l. m.,

EL DOCTOR THEBUSSEM.



## LA ELECTRICIDAD

ES CAUSA DE LUZ, CALOR Y MAGNETISMO

Desvanecidas como sutiles sueños de loco filósofo, se perdieron para siempre aquellas teorías, sistemas, hipótesis y probabilidades que en confuso tropel y constancia abrumadora, brotaron uno y otro día de los cerebros de aquella pléya de de idealistas que florecieron en la antigua Grecia.

No imperaba entre aquellos sabios adocenados más ley que su capricho; jamás se dignaron interrogar á la naturaleza la causa de sus admirables secretos, ni mucho menos se molestaban en reproducir y estudiar sus múltiples fenómenos. La observación y la experiencia eran para ellos simples estorbos. El método racional no había aún lanzado al mundo científico su primer destello.

Época creadora por excelencia, época de semidioses fué aquella, porque sus hombres pretendían imponer á la naturaleza las leyes que ellos forjaban en sus calenturientas mentes; pero época estéril, al mismo tiempo, porque el producto de sus lucubraciones fué rémora del progreso.

Tanta regla, tal farrago de hipótesis y de leyes empíricas aplicadas á un mismo hecho, agobiaban el espíritu, llenándole de confusión, y entorpecían á la vez el desarrollo de las ciencias físicas.

Aquellos viejos filósofos separaban y aislaban los fenómenos físicos, aplicando á cada uno mil teorías diversas; hoy, los modernos hombres de ciencia aspiran á reunirlos todos, formando grupos con aquellos que, aun cuando aparezcan aislados y recogidos al azar, tienen alguna conexión entre sí, para cobijarlos bajo una gran síntesis y someterlos al dominio de una ley suprema, que se enuncia diciendo:

El calor, la luz, la electricidad y el magnetismo son el resultado de infinitas combinaciones excitadas entre estos dos términos: *la materia y el movimiento.*

Más aún; el eminente y malogrado físico Maxwell, en un momento de feliz actividad creadora, concibió la idea de que el *éter*, ese cuarto estado de la materia, sutilísimo, eminentemente elástico é imponderable, no es otra cosa más que la «electricidad» que llena todo el universo, lo mismo los ilimitados espacios interplanetarios, que los invisibles poros de los cuerpos. La electricidad es, en una palabra, el principio de todos los demás agentes de la Naturaleza.

Por muy atrevida que parezca esta conclusión,

no va del todo desprovista de fundamento, y quizá no está lejano el día en que esa sospecha, germen de febril imaginación, llegue á brillar con los purísimos resplandores de la verdad.

Estudiemos, aunque sea sucintamente, la relación que existe entre la electricidad y los demás agentes físicos; mas para no dar excesiva extensión á este artículo, omitiremos las íntimas relaciones particulares del calor y de la luz, diciendo únicamente que estos dos agentes, considerados primitivamente como distintos, son de idéntica naturaleza y se hallan ambos comprendidos bajo el nombre de «el calor.»

Ocupémonos, pues, de la electricidad y del magnetismo.

Desde Thales de Mileto, seiscientos años antes de Jesucristo, hasta el año 1600 de nuestra Era, ó sea durante toda la Antigüedad y toda la Edad Media, sólo se sabía que el ámbar frotado atraía los cuerpos ligeros, y que ciertos minerales gozaban de la facultad de atraer el hierro.

La fuerza del imán fué muy discutida entre los filósofos griegos; pero de la propiedad atractiva del ámbar decían que era una especie de magnetismo.

A partir del año 1600, en que M. Gilbert publicó un Tratado sobre el imán, se fundaron con estos dos agentes dos ramas científicas distintas, que se fueron desarrollando paralelamente, una al lado de otra, con pesada lentitud, hasta que el feliz descubrimiento de Galvani y la admirable invención de Volta, que á fines del último siglo cautivaron la atención universal, vinieron á señalarles nuevos rumbos y á imprimir mayor impulso á su desarrollo.

Signieron, no obstante, separadas é independientes, pero progresando con mayor rapidez las dos ciencias indicadas, hasta que el físico Ampère, tan ilustre por la gallardía de sus concepciones, como por la seguridad de sus razonamientos, apoderándose, con la sagacidad propia de su genio, del descubrimiento de Oersted, sentó el siguiente principio: «Sí, como ya sabemos, los imanes ejercen atracciones y repulsiones entre sí, y estas mismas fuerzas se desarrollan entre los imanes y las corrientes, debemos admitir que las corrientes producen las mismas fuerzas.» A estas fuerzas, cuya existencia demostró después valiéndose de ingeniosos arreglos, las llamó *fuerzas electro-dinámicas*, en contraposición de las *fuerzas electro-estáticas*, originadas por la electricidad en reposo.

Después de larga serie de observaciones y de experiencias, comparando las corrientes eléctricas con los imanes, llegó Ampère á un resultado tan singular como importante: demostró que una corriente eléctrica circular produce los mismos efectos que un imán. Por otra parte, reconoció que para explicar las propiedades magnéticas del hierro, era preciso considerar cada átomo de hierro como un pequeño imán; y, finalmente, para comprender el magnetismo de los átomos, sentó como hipótesis que cada átomo de hierro está rodeado

de una corriente eléctrica circular. Estas diminutas corrientes desarrollan fuerzas electro-dinámicas, que reciben el nombre de *fuerzas magnéticas*.

Queda, pues, hallada la relación entre el magnetismo y la electricidad, de tal modo, que de los dos agentes sólo existe uno, que es la electricidad; el otro no es más que una modificación de aquélla.

De modo que el calor y la electricidad son, hasta ahora, los únicos agentes causa de todos los fenómenos físicos; pero nos ocurre preguntar: ¿Son el calor y la electricidad independientes entre sí, ó, por el contrario, existe entre ellos alguna relación? ¿Son en su esencia iguales ó diferentes?

Sábase, en efecto, que con la ayuda de las corrientes eléctricas, se puede producir calor y luz; sábase también que por el intermedio del calor pueden producirse corrientes eléctricas; pero estos hechos no pueden conducirnos á sentar como principio exacto que el calor y la electricidad sean de igual naturaleza, porque en realidad nadie ha transformado aún la electricidad en calor ni éste en aquélla; lo que hay de cierto y positivo es que el movimiento de la electricidad que circula por un conductor, provoca un movimiento de vibración en los átomos de dicho conductor, cuyo movimiento no es otra cosa que el calor. Recíprocamente, si vemos aparecer una corriente eléctrica en un hilo metálico, por mediación del calor, no es que éste háyase transformado en electricidad, sino que el movimiento molecular del conductor ha despertado, digamos así, la electricidad que contenía el hilo poniéndola en movimiento.

Resulta de aquí un sencillo cambio de movimiento eléctrico ó de traslación en movimiento vibratorio, y viceversa; por lo tanto, bien claramente se ve que no es éste el camino que debemos seguir para hallar la relación que existe entre el calor y la electricidad.

Weber y Kohlrausch, comparando las fuerzas electro-estáticas con las fuerzas electro-dinámicas, han obtenido sorprendentes resultados, que dejan entrever la posibilidad de que el calor y la electricidad sean iguales en su esencia.

Imaginemos, en efecto, dos partículas eléctricas de la misma especie, moviéndose paralelamente con la misma velocidad; estas dos partículas ejercerán entre sí una repulsión según su fuerza electro-estática y una atracción por su fuerza electro-dinámica. La primera fuerza es independiente de la velocidad; la segunda, al contrario, aumenta con ella.

Ahora bien: ¿qué velocidad debe animar á esas dos partículas eléctricas para que la fuerza electrostática y electrodinámica se destruyan mutuamente? Weber y Kohlrausch han demostrado que esa velocidad es igual á la con que se propagan en el universo la luz y el calor radiante.

Han observado también esos dos eminentes matemáticos, que la velocidad necesaria para que las dos fuerzas eléctricas sean iguales, es mucho menor en los cuerpos que en el espacio libre,

como sucede con la luz, cuya disminución de velocidad en los cuerpos transparentes origina la refracción; y tanto menor es aquella velocidad, cuanto mayor es el ángulo que determina con la normal el rayo de luz refractado.

Estas coincidencias hacen presumir que las fuerzas eléctricas no son ajenas á la propagación de la luz ó del calor radiante; y así lo debió presumir el físico inglés Maxwell cuando las fuerzas elásticas atribuidas al éter para formar las ecuaciones á que conducen los cálculos relativos á la propagación de la luz, las ha sustituido por las fuerzas eléctricas, obteniendo los mismos resultados, que le han conducido á fundar la teoría electro-dinámica de la luz.

Por consiguiente, si hemos de explicar la propagación del calor y de la luz por medio de las fuerzas eléctricas, debemos suponer que el universo está lleno de electricidad, y que el éter, medio que hasta hoy nos ha servido para la propagación de esos dos agentes no es otra cosa sino la electricidad misma.

FELIPE VILLAVERDE.



## Á MI QUERIDO AMIGO

DON JOSÉ BRAVO

¡Casi al llegar á su ocaso  
el año noventa y tres,  
me pides, tocayo amigo,  
borrones para el papell...  
¡Te hubiera sido más fácil  
pedir empuje á Moret,  
decisión á don Mateo,  
á don Germán candidez,  
dinero á Muley Hassán,  
á la Albión desinterés,  
y que se deje de notas  
Sidi Torres Mohamed!...

Más fácil te hubiera sido  
lograr que un moro de Rey  
acuda al Riff, si hace falta,  
y que se vaya después;  
que el *Aguariach* se construya,  
y que, siquiera una vez,  
les peguen una paliza  
á los Bajás y á su grey.  
Y más fácil todavía  
que tenga fuerza de ley  
el soñado Reglamento  
que acariciaba Brunet...

¡Antes que veas de un triste  
cosa que valga, has de ver,  
en lugar de *acordeones*,  
los Hughes que marchen bien,  
personal retribuido,  
firme la eléctrica red,  
y ardiendo en la chimenea  
los postes de don Javier...;  
que *metamos mano* á Tánger,



salga rana, ó salga pez,  
y que, apuntando á Frajana,  
demo en el blanco en Fez...  
¡Verás que tienen los Centros  
bastantes turnos de tres,  
Escuela especial el Cuerpo,  
herramientas el Taller,  
aparatos el Museo,  
las Direcciones *parné*,  
y algún milagro siquiera,  
del patrón San Rafael,  
abogado de los hilos  
y máquinas de... *coser*.

.....  
Si no soy, amigo Bravo,  
literato de cartel,  
ni entiendo, como Santano,  
la ciencia del (a + b)  
¿qué pretendes que te diga  
en vísperas de Noél?

Lo que todos hacen, hago;  
lo que todos saben, sé:  
cantar en mi gallinero,  
cuando me siguen... correr,  
y si alguno me da un palo  
le llevo á tomar café...  
Ante el débil, muchas roncás,  
ante el fuerte muchos piés,  
y aguardar en los conflictos  
que me venga Dios á ver...

.....  
¿Que los pobres se despechan  
y dan sin saber á quién?  
¡Garrotazo y tente tieso!...  
¿Y el toro?... ¡En el redondel!...

Pronto viene el año nuevo,  
y pasará lo que ayer  
si aquí impera el egoísmo  
y baja el moral nivel...

.....  
No soy profeta de nota;  
pero creo que Muley  
nos ha de dar un disgusto  
con toda su buena fe...

¡Hoy son pocos los rifeños!...  
¡Ay si más llegan á ser  
y no vivimos alerta,  
porque no habrá ni cuartel!...

.....  
Si estos renglones te sirven  
¡oh Bravo como no hay diez!  
disculpa mi pesimismo  
y Dios el premio te dé...

JOSÉ MARÍA AGUINAGA.

Vergara 16 de Diciembre de 1893.



### Dón ó cualidad del Telegrafista.

Desde el día en que leí el Cuestionario telegráfico con que EL TELEGRAFISTA ESPAÑOL invita á todos los compañeros á que contesten por es-

crito á alguna ó todas las preguntas de que consta, siento cierta comezón por dar á conocer la cualidad que creo debe poseer un buen Telegrafista. Entiéndase que aludo solamente á los funcionarios facultativos del Cuerpo de Telégrafos.

Primeramente se me ocurrió que el buen Telegrafista debía tener la cualidad primordial que ha de adornar á todo buen ciudadano; y á pesar de que todos se consideran con méritos para poseerla, es lo cierto que pocos tienen la suerte de que los demás se la reconozcan, puesto que por tal motivo suelen recibir vítores y ser objeto de admiración, con lo cual se niega, ó cuando menos se pone en duda, el que los demás posean tan precioso dón.

Pero como no hay español que no se ofenda si se le dice que no la posee, líbreme Dios de considerarla necesaria al buen Telegrafista, y parto del principio de que todos y cada uno de nosotros la poseemos.

Como lógica consecuencia, declaro también que todos somos unos excelentes funcionarios, incapaces de percibir nuestro haber mensual sin tenerlo merecido, como justo premio á nuestro trabajo diurno y nocturno, en el que rivalizamos por distinguirnos, sin que sea un aliciente la gratificación que por transmisiones y recepciones de telegramas nos acreditan. Gratificación que tiene por objeto completar el premio que merecemos, reconociendo la mezquindad del haber que se nos asigna.

Afirmo que ningún encargado de Estación limitada ó completa abandona el servicio, correspondiendo á las invitaciones de un hermoso sol de Otoño para ir de paseo, de un amigo para ir al café, ó de una novia para pelar la pava; que los Jefes de reparaciones no son morosos en sus salidas, ahora que tienen gratificación fija; que los Directores de las Secciones ejercen saludable influjo sobre todo el personal á sus inmediatas órdenes, haciéndoles las paternales observaciones que la práctica y su superior conocimiento del servicio les sugieren, adiestrando en el manejo de los aparatos de mediciones á los Oficiales, haciendo que cada uno mida, á su presencia, todas las mañanas, la resistencia y aislamiento del hilo en que entra de servicio, siendo las primeras anotaciones que se hacen en el diario, de las que, además, se hace un estado que se remite al Jefe del Centro respectivo; procurando por la comodidad de todo el personal y el decoro de las oficinas, con una buena administración de las cantidades que perciben con este objeto, y proponiendo á la Dirección general las reformas que, en beneficio del servicio, consideren necesarias.

Igualmente reconozco que los Jefes de los Centros, enterados diariamente del estado de las líneas que están bajo su inspección, por los estados que les remiten los Directores de las Secciones y los Jefes de reparaciones, de las mediciones y pruebas que unos y otros han efectuado separadamente, ordenan, siempre con el acierto

del que conoce el mal y el remedio, las reparaciones que se han de llevar á cabo, cuando su importancia requiere que se les consulte, ó bien las disponen sin previa consulta, y proponen á la Dirección general, á la que remiten estados generales, en los que se resumen los datos suministrados por los Directores de las Secciones y Jefes de reparaciones, comprobados por sí mismos los que se refieren á los hilos de más importancia, las reformas que creen convenientes.

De la Dirección general no emanan más que sabias disposiciones, como producto de los estudios y trabajos que se efectúan por los negociados en que está dividida: en el del material se hacen estudios muy detenidos y concienzudos, primero para elegir el más conveniente, después para admitirlo, previa contrata, sometién-dole á múltiples pruebas para asegurarse de que reúne todas las condiciones estipuladas: en el del personal se lleva con todo esmero la hoja de servicios de cada individuo, con lo cual sus resoluciones siempre son acertadas, disponiendo de todo el personal según sus aptitudes; sólo se reconoce el mérito para las recompensas; no se acredita comisión alguna que no se merezca, y se distribuye el personal con tanta equidad para todos, que nadie está holgando donde no sea necesario, ni con exceso de trabajo que no pueda atender. El mismo acierto se advierte en los demás negociados, y por lo mismo me creo dispensado de elogiar á cada uno de ellos en particular.

Para que todo marche tan admirablemente, es forzoso que el Telegrafista español posea una cualidad maravillosa, que le distinga de los demás seres humanos, dada la organización del Cuerpo á que pertenece.

No termina el médico su carrera sin haber cursado las asignaturas de prácticas en los hospitales, bajo la dirección de los profesores de Clínica y Anatomía.

El abogado que ha de ejercer su profesión, comienza por practicar en algún bufete de notable juriconsulto.

El ingeniero tiene que cursar, antes de terminar su carrera, asignaturas en las que sólo se trata de aplicar á la práctica los conocimientos teóricos adquiridos.

El militar, además de las prácticas en las Academias, se pasa la mayor parte de la vida *practicando* el arte de la guerra, al enseñar el ejercicio á los soldados.

Tal importancia se da hoy á la enseñanza práctica, que la instrucción primaria está sufriendo una progresiva evolución, haciendo agradable el estudio al niño por medios prácticos que no fatiguen su inteligencia, ni trabajen demasiado su memoria.

Pues, á pesar de estar universalmente reconocida la práctica como medio superior para el desempeño de todas las profesiones, nuestros sabios organizadores no lo creyeron así, excluyéndola de la enseñanza del Telegrafista.

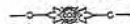
Pero como yo no alcanzo á comprender, quizá

por lo limitado de mi ingenio, la razón que motivó la omisión de lo que considero indispensable, de conformidad con todos los hombres más notables que ejercen el honroso cargo de profesores, opino que el Telegrafista debe hacer también prácticas de construcción de líneas, mediciones eléctricas, reconocimiento de material, etc., simultáneamente con el servicio de aparatos, para lo cual se vale indudablemente del dón de ubicuidad, que creo le distingue.

De modo que cuando algún Director, comisionado por la Dirección general, cree estar solamente con los Celadores y Capataces en trabajos de campo, tiene á su alrededor una porción de Oficiales observándole, para enterarse prácticamente de cómo hace el trazado de la nueva línea, del replanteo, y de la organización de las cuadrillas, oyendo sus acertadas disposiciones, que todos escuchan con religioso silencio, procurando no olvidar nada de lo que ven, para poder ellos, cuando asciendan, después de pasar *veinticinco* años en aparatos, efectuar trabajos análogos... si la Dirección general se los encomienda.

A. DÍEZ PAJARES.

Mieres.



### EN LA VENTANILLA

- Muy buenas tardes.
- Felices. ¿Qué desean ustedes?
- Veníamos á poner un parte.
- Muy bien. Pues allí, en aquella mesa, encontrarán ustedes todo lo necesario para escribirlo.



- Es el caso que vengo sola con mi niña que es esta joven...
- Servidora de usted.
- Yo lo soy de usted.
- ... porque á mi esposo, que es el que entiende de estas cosas, lo tengo en cama va ya para siete días.
- Para ocho, mamá.



—Es igual. El caso es que nosotras no sabemos hacer estas cosas.

—Eso no es inconveniente; yo les diré á ustedes cómo tienen que escribirlo.

—Muchas gracias; pero como *acá* no hemos puesto nunca ninguno y además como yo escribo muy malamente...

—Lo mismo es que lo escriba esta joven; yo la guiaré para que no se equivoque.

—Eso no puede ser, caballero. Usted ignora que desde el día que el novio de ésta marchó con su regimiento á Melilla, hizo mi niña la promesa de no coger una pluma más que para escribirle á él... Peralta, usted quizás le conozca, porque es uno de los tiradores del *Moisés*, ó como se diga; y ya comprenderá usted que estando tan reciente, no debe faltar todavía á la promesa.

—¡Ah! desde luego, no trataré yo de echar esa responsabilidad sobre mi conciencia. Pero entonces yo veo cómo se van ustedes á arreglar para escribir el telegrama.

—Nosotras quisiéramos enterar á usted de nuestro asunto, y que usted lo escribiera á su gusto, y lo mandase lo más pronto posible. Si es necesario, lo pondremos *urgente*, porque el caso es que nos corre mucha prisa.

—No digas *mucha*, mamá, sino *muchísima* prisa.

—Sí, señor, mi niña está que no vive desde que nos dijeron que Peralta gasta chicleos con la cantinera del regimiento; y nosotras quisiéramos saber si era cierto, ó si son chismes de las de Pílongo, que nos tienen mucha envidia y son las que nos han dado la noticia.

—Señoras, yo siento decir á ustedes que no puedo escribirles el telegrama, porque tengo mucho que hacer, y además nos está prohibido el escribirlos.

—Por eso no tenga usted reparo. Tiene usted mi autorización para ponerlo como le parezca mejor, y lo mismo que si fuese suyo propio. ¡Ah! y diríjalo usted á don Ventura, el capellán del regimiento, que le conocemos hace muchos años porque fué el que bautizó á ésta, pues entonces pertenecía mi marido á la remonta y estábamos comprendidos en lo castrense.

—Vaya, señora, no hay más remedio que hacer lo que usted quiera. Dictenmelo prontito, antes que venga por aquí el Jefe, que ya me riñó el otro día porque me cogió arreglándole el despacho á una paisana.

—Descuide usted, que si viene yo le diré, como es verdad, que conozco mucho á Monares, desde que era él estudiante en la Universidad. Me parece que lo estoy viendo con sus pantaloncitos cortos y el sombrero á la marinera, cuando ya empezaba á nacerle el bigote. El estaba entonces de huésped en casa de una amiga mía, en la calle de Fuencarral...

—Mamá, en la de Jacometrezo.

—Sí, es verdad. Voy perdiendo la memoria. Ustedes estarán muy contentos con él, porque...

—Sí, señora, es nuestro segundo padre. Pero

si á usted le parece, acabaremos esto porque me estan esperando. Pondremos el telegrama lo más lacónico posible, á fin que no tengan ustedes que hacer grandes desembolsos.

—¡Ay, no señor! A mí me gustan que vayan las cosas bien explicadas. No me economice usted palabras, que luego todas son confusiones.

—Como usted quiera... A ver si así está á gusto de ustedes.

(Lee el telegrama.)

—Mamá, ¿te parece se le ponga también que papá está en cama con reuma?

—¡Ay, es verdad! ¡qué cabeza la mía! Y tanto como se alegrará don Ventura en saberlo, porque conoce á mi esposo desde el 74, que sirvieron los dos con Moriones, cuando la guerra contra los moros.

—Mamá, contra los carlistas.

—Bueno, para mí todos son moros. Haga usted el favor de ponerlo todo bien explicado.

—Ya está como ustedes desean, y dispénseme no me entretenga más, porque están esperando otros expedidores.

—Bien, dígame usted cuánto tengo que abonar por el telegrama.

—¿Lo van ustedes á poner *urgente*? Les advierto que es triple la tasa.

—Entonces póngalo sencillo.

—Pues 38 palabras, son tres pesetas y treinta y cinco céntimos.

—¡Qué horror! ¡Pues si me han dicho que los telegramas valen ahora nada más que dos reales!

—Señora, eso es para la provincia, y Melilla está, á Dios gracias, un poco más allá.

—Pues haga usted el favor de reducirlo de



palabras hasta una peseta, porque no traigo mayor cantidad encima.

—Con mucho gusto lo haría, señora, pero no puedo entretenerme más, que ya bastante me han hecho ustedes perder el tiempo. Lo mejor sería que escribiese usted por correo, que es más económico, y así se ahorran ustedes de incomodar á nadie.

—Vaya, diga usted que no quiere servirnos;

porque como venimos dos señoras solas, ignora usted con quién está tratando.

—Mamá, vámonos y no te incomodes. Acuérdate que en seguida se te fija el dolor en el vacío.

—Sí, nos iremos, porque no quiero tratar con empleados tan descorteses. ¡Parece mentira que un señor tan simpático y tan amable como lo es Monares, tenga una *dependencia* tan poco atenta con el público, encima que venimos aquí á dejarnos el dinero!

LEÓN ROCH.



## ALBERTO MIRET

Entre los funcionarios de Telégrafos que han tenido ocasión de distinguirse durante el año actual, figura Alberto Miret en primer término.

Encargado de la Estación de Melilla en aque-



D. Alberto Miret.

lla fecha del 2 de Octubre, que será memorable en la Historia patria, Miret estuvo ¡*setenta y dos horas!* al pie del aparato, comunicando directamente con Madrid; poniendo al habla con el Ministro de la Guerra, al infortunado general Margallo; cursando el extraordinario número de despachos oficiales y privados á que dieron ocasión los trágicos sucesos con que principió la actual campaña contra los rifeños.

A las setenta y dos horas de incesante trabajo, el cable, como si fuera menos resistente que los Telegrafistas, se negó á cursar más telegramas, interrumpiéndose toda comunicación con la Península.

Esto, en vez de descanso, sirvió para aumentar el trabajo de Miret, por las continuas y repetidas pruebas que á todas horas del día y de la noche se vió obligado á hacer, saliendo á las mismas puertas de la plaza, adonde llegaban las balas enemigas; y allí, él solo los primeros días, y después auxiliado por el personal que llegó destinado en comisión, desde Madrid y otros puntos, pudo comprobar la certeza de las pruebas hechas desde los primeros momentos de la avería, y adquirir la convicción de que ésta estaba en el cable, y no en la Estación, ramal, ni caseta de Melilla.

Desde aquella fecha, el trabajo de Alberto Miret y del personal comisionado, no es para descrito.

Sintiendo sobre sus hombros la inmensa pesadumbre del descrédito que ante el público indócito pudiera resultar para la Corporación telegráfica, por aquella inoportuna avería del cable, tanto Miret como todo el personal de Melilla hicieron esfuerzos sobrehumanos á fin de sostener la comunicación con España, siquiera fuese de la manera menos irregular posible. Y ora por Hughes, cuando el estado intermitente del hilo permitía emplear este rápido sistema; ora por Morse, con *relais*, cuando se debilitaban las corrientes; ora, en fin, hasta por teléfono, cuando no había otro medio de percibir las debilísimas corrientes telegráficas que llegaban, aquel personal ha sabido demostrar de cuánto son capaces los Telegrafistas españoles en aras de su amor al servicio.

La avería que tan malos ratos dió al personal de Melilla, en primer término, porque también el Cuerpo en masa sentíamos su abrumadora pesadumbre, ha sido encontrada próxima á aquella costa.

Las grandes corrientes submarinas en aquel paraje, junto con el fondo rocoso del mismo, gastaron, por rozamiento, la envoltura protectora, produciéndose á través del dieléctrico, algunas filtraciones capilares de agua de mar, que oxidaba el ánima del cable. Esta oxidación era ya de tal importancia, que aumentaba enormemente la resistencia del conductor, apareciendo la falta de circuito.

Mandando entonces corrientes negativas, se limpiaba el óxido y se restablecía la comunicación; pero el cordón se iba gastando y disminuyendo de diámetro.

Claro es que el cable, en estas condiciones, trajó la avería, que de no haberse remediado como acaba de hacerse, hubiera terminado, ó rompiéndose el conductor, y entonces faltaría para siempre el circuito, ó ensanchándose el agujero ó agujeros capilares por donde se producían las filtraciones, y entonces se hubiera presentado la derivación al mar, con exceso de circuito.



Facilmente se comprenderán ahora los desvelos y trabajos del personal de Melilla para funcionar, durante tanto tiempo, y en circunstancias tan críticas, por un cable en dichas condiciones.

Dentro de los recursos de que estaban provistos aquellos Telegrafistas, se tuvieron con el cable todas las posibles precauciones. Claro es que, no disponiendo de aparatos Thomson, los cuales parecían indicados para funcionar en aquellas condiciones, fué necesario valerse de medios más elementales para descargar el cable á cada momento, invirtiendo corrientes, y tomando otras mil precauciones, que dieron por resultado haber hecho por primera vez, en un cable de 100 millas, lo que estamos acostumbrados á hacer en nuestras averiadas líneas terrestres: el funcionar contra todas las leyes de la mecánica y contra todas las teorías eléctricas.

Hoy que el cable ha sido ya reparado, esperamos que el personal de Melilla tendrá ocasión de mostrar todo su celo y actividad, y hacer de una manera más tranquila su servicio.

Nosotros cumplimos ahora gustosos la deuda de gratitud que el Cuerpo debe á funcionarios como Miret, cuya modestia no empece á los merecimientos contraídos en horas de terrible ansiedad para la patria.

Y conste que el hecho mencionado no es el único que deba señalarse en favor de Miret, si tratáramos aquí de escribir su biografía.

En la convocatoria para Aspirantes, el 29 Noviembre de 1878, ingresó en Telégrafos, obteniendo el número uno entre los 500 opositores de dicha convocatoria.

Más tarde, siendo hughista de la Central, en hilo de París, transmitió el despacho más largo y más célebre de estos últimos tiempos (nos referimos al Tratado de Comercio con los Estados Unidos y Cuba, transmitido íntegro al *New York Herald*).

Dicho telegrama fué empezado á transmitir por Miret, á las cuatro de la tarde, y siendo el relevo á las siete, el Sr. Díez Bueno, que fué el funcionario que relevó á Miret, concluyó la transmisión del telegrama á las nueve y minutos de la noche.

En la hoja de servicios de Miret consta, ó debe constar, un hecho altamente meritorio, y que bastaría por sí solo para hacerle digno de la distinción que hoy le concede esta Revista.

El 1.º de Noviembre de 1891, estando ya encargado de la estación de Melilla, un temporal arrancó dos boyas, que marcaban en aquella bahía la dirección del cable, llevándolas á la playa mora.

Los riffeños, al ver aquellas moles pintadas de rojo y con campanas, cuyo sonido llamaba su atención, trataron de arrancar éstas. Un grupo enorme de ellos, armados hasta los dientes, se posesionó de las boyas.

Aunque á Miret no podía ocultársele el peligro de rescatar dichas boyas de manos de las kabilas, no vaciló en intentarlo, no queriendo que nadie

juzgase que un Oficial de Telégrafos, por el hecho de ser empleado civil, se creía dispensado de cumplir con un deber en el cual se corría riesgo de la vida, y aun cuando este deber fuese discutible desde el punto de vista reglamentario.

Resuelto á todo, acudió al General de la plaza, quien puso á sus órdenes un oficial y ocho soldados de la Marina, y con esta pequeña fuerza, y dos trabajadores, salió al campo, atravesó el río de Oro con agua á la rodilla, y llegó hasta donde estaban las boyas, sitio tan distante de la plaza, que, á pesar de haber actualmente 22.000 hombres en Melilla, no han llegado todavía allí.

Los moros les hicieron un disparo al salir por la puerta del campo; pero, afortunadamente, no formalizaron su resistencia, y abandonaron las boyas á la llegada del pequeño destacamento. Miret desarmó las campanas y las llevó á la plaza, donde fué felicitado por el General.

El temporal de aquel día y de los siguientes impidió remolcar las boyas, cuyo peso excedía de una tonelada; pero el día 6 amansó el temporal, y fueron conducidas á la plaza, habiéndose realizado todos estos trabajos en campo enemigo.

En la Dirección general debe obrar una Memoria explicativa del hecho mencionado, el cual hubiera merecido alguna honrosa distinción en cualquier otro país que no fuera el nuestro, donde pasan siempre completamente inadvertidas estas generosas iniciativas.

Volviendo á la campaña hecha por nuestros compañeros, destinados actualmente en aquella plaza africana, creemos que nuestra Dirección general cumpliría una obra justa y meritoria acordando alguna recompensa especial para un personal que, como el de Melilla, tanto ha trabajado y sufrido durante los últimos meses.

Abundando en estas ideas, EL TELEGRAFISTA ESPAÑOL honra hoy una de sus páginas publicando el retrato del antiguo encargado de la estación de Melilla, Alberto Miret, á quien, así como al resto de aquel personal, envía esta publicación un cariñoso saludo y un merecido aplauso.



## LAS AUXILIARES DE TELÉGRAFOS

Sr. Director de EL TELEGRAFISTA ESPAÑOL.

*Presente.*

Muy señor nuestro: Desde que llegó á nosotras la noticia de que ese periódico iba á publicar un Número extraordinario, concebimos varias compañeras el propósito de tomar parte en el mismo, y después de meditarlo seriamente ó, como se dice en lenguaje literario, después de una *gestación laboriosa*, venimos hoy aquí para dar á luz estos mal trazados renglones.

Es el caso, señor Director, que nosotras aportamos grandes ilusiones á nuestra entrada en Telégrafos, porque se nos dijo veníamos á llenar un

*gran vacío en el estadio* de los aparatos; y no sabemos si algunas de nuestras compañeras habrán tenido ocasión de llenar dicho vacío, porque lo que es nosotras, las que escribimos esta carta, no hemos hasta ahora encontrado nada que satisfaga nuestras legítimas aspiraciones; y aunque hemos podido conservar incólume y puro nuestro amor al servicio; ya usted comprenderá que no podemos seguir así mucho tiempo.

Una de las primeras cosas que nosotras necesitamos pedir á los altos poderes, es la anulación de la orden cruel de prohibirnos contraer el dulce lazo de Himeneo (1); y permítame usted esta poética frase, que tanto placer nos causa cuando la leemos en las novelas, en los contados momentos que están á *zero* los aparatos.

¡Pues si la verdadera carrera para nuestro sexo será siempre el matrimonio! Por esa razón, quisiéramos hacer esta última compatible con la de Telégrafos. Y ya que tenemos este asunto entre manos, debemos aprovechar la ocasión para pedirle á usted su más eficaz ayuda, porque es ya sabido que, mientras continuemos *limitadas* de una manera *completa y permanente* á nuestra sola iniciativa, estaremos absolutamente perdidas.

Por eso quisiéramos que esa Redacción se pusiera de nuestra parte, y que usted, señor Director, nos cobijara bajo su generosa y respetable tutela, porque estamos convencidas que ínterin no haya una cabeza bien organizada á quien encomendar nuestros asuntos, las aspiraciones de estas pobres Auxiliares se perderán en el vacío.

También nos duele en el alma la indiferencia con que nos miran, como si fuéramos el último mono ó *mona* en el concierto telegráfico. Siquiera los Auxiliares de tercera y los Temporeros, aun cuando sean también los últimos miembros de la Corporación, escriben en ese semanario y piden cuanto creen razonable y justo para aliviar su triste situación; lo cual que á nosotras nos da mucha lástima ver que los pobrecitos no ganen lo suficiente para poder contraer matrimonio!

Pero de nosotras nadie hace caso: ni una voz amiga se levanta á defendernos, y hasta unos chicos telegrafistas que antes nos echaban pipos unas veces y otras veces se metían con nosotras, siquiera fuese *En Broma*, desde las columnas de un periódico profesional, tampoco se acuerdan ya de nosotras, y así nos vemos hoy completamente aisladas... no por tormenta, sino porque nuestro triste porvenir nos tiene condenadas á no soltar nunca el manipulador de nuestras manos.

Vea usted, señor Director, si puede hacer algo por nosotras, y cuente con el agradecimiento de esta Auxiliar que, en su nombre y en el de varias compañeras, le anticipa las gracias y B. S. M.,

CASIMIRA LLAMAS Y NOOYES.

Madrid 18 de Diciembre de 1893.

(1) En esto está equivocada nuestra comunicante.

## MISCELANEA TELEGRAFICA

En la imposibilidad de insertar todas las contestaciones recibidas en esta Redacción, con motivo del *Cuestionario telegráfico* publicado en nuestro número del 23 de Octubre, nos permitiremos copiar á continuación algunos párrafos y pensamientos contenidos en las mismas, con objeto de formar con ellos esta *Miscelánea*.

### EL FENÓMENO

Un Jefe de Estación, procedente de las torres ópticas, fué un día comisionado para salir á la línea á quitar un cruce.

Después de remediada la avería, expulsió desde la estación inmediata el A. D. siguiente:

«Encontrado el fenómeno próximo á esta estación, y ha quedado despejada la incógnita.»

S. C.

### PENSAMIENTO

La sociedad es una pila eléctrica, en cuyo enretimiento entran la Envidia y la Mala Fe; sus polos son el Egoísmo y el Desinterés, su fluido el Vicio.

J. S. P. A.

### LETRA DESCONOCIDA

Me dice un expedidor, al entregarme un telegrama:

—Que mande usted el mismo que yo pongo: porque un vecino de mi pueblo mandó el otro día un parte que ni Dios lo pudo entender luego, y ni a su mujer conoció la letra mayormente.

J. FÁBREGAS.

### ¿QUÉ SERÁ?

Lo mejor de lo hecho por iniciativa de los Telegrafistas es «El 22 de Abril» y... lo que no puede decirse.

TRIPITA.

### DEUDA DE GRATITUD

D. Cándido Martínez es, sin disputa, el Director general que mayor interés ha atestiguado por el Cuerpo de Telégrafos.

Desconocerlo así, sería notoria injusticia por nuestra parte.

F. B.

### GUERRA Á LOS CACIQUES

Existe una R. O. que dice que ningún funcionario podrá ser trasladado, sin previo expediente que lo justifique. Si se cumpliera, dejaría sin efecto la influencia de caciques.

J. MONTANEZ.

### RESPUESTA DIFÍCIL

No cito ningún morrista, porque tendría que nombrar muchísimos á quienes he envidiado siempre que los he visto en aparatos, y en circunstancias muy difíciles, unas veces sacando el servicio á pulso, y otras compitiendo con el Hughes, según el estado de los hilos.

F. P.

### POR TORMENTA

Un encargado de una estación telefónica, cuando siente tronar fuerte, pone en el parte diario, en vez de la frase



habitual: *Esta se aísla por tormenta*, esta otra expresiva anotación: *¡Sálvese el que pueda!*

EMILIO GIL.

POR CORREO

Un aldeano, al echar una carta al correo, grita con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Para Vicálvarooo!...

Y luego dice al marcharse:

—Si se pierde, será porque os dé la gana, pues bien habréis podido oír para dónde va.

J. FÁBREGAS.

LO QUE NOTABA MEJOR

Al encargado de un aparato le duelen atrocemente las muelas. Se cruzan los hilos, y hay que hacer pruebas.

El Jefe de aparatos pregunta:

—Señor Fulano, ¿qué nota usted ahora?

—¡Un dolor de muelas terrible!

GEDEÓN.

EL MEJOR MORSISTA

Creo que es Blanco (Daniel) el que hoy cobra aquí el barato delante de un aparato

Morse, y nadie más que él.

¿Le conocéis? Es de miel, y tan modesto y simpático, como escritor fácil y ático;

pero cuando él dice «¡— — — ... !!» no hay quien no pierda el compás ¡pues recibe hasta el Viático!...

UN ASPIRANTE 2.º

LO ÚNICO BUENO

El Reglamento cuyo análisis viene haciendo EL TELEGRAFISTA, era lo único bueno que en las altas esferas se había hecho en beneficio de la inmensa mayoría de los individuos del Cuerpo; por eso no se aprobó.

J. M.

FLAQUEZA Y GRANDEZA

Lo más notable en un funcionario de Telégrafos es su grandeza de espíritu, junto con su flaqueza de bolsillo.

UN PEBERRO.

LOS ARCOS Y SAN PEDRO

Dice la pregunta sexta del *Cuestionario* publicado por esa Revista:

«¿Qué Director general ha demostrado mayor interés hacia la Corporación telegráfica?»

A esto respondo yo:

D. Javier Los Arcos, sino que no lo supimos entender.

Vaya una anécdota, ó cosa así, para mayor inteligencia:

Quejábase el apóstol San Pedro al Maestro de algunas cosas que á aquél se le antojaban no muy justas, y el Maestro le dijo:

—«Vete á la fuente de la Higuera, súbete en ella (en la higuera, se entiende), y veas lo que veas, no digas una palabra. Cuéntamelo por la noche, y te daré una explicación satisfactoria.»

Tres ramas de la higuera formaban cómodo sillón, y en él se repantigó San Pedro.

No tardó en ver que se aproximaba un coche, del que se apeó una familia; y encontrando el sitio á propósito, ordenaron tender los manteles sobre el cérped, y se pusieron á comer.

Quando hubieron satisfecho aquella necesidad material, cada uno ocupó su puesto, el cochero fustigó á los caballos, y bien pronto se perdió el vehículo entre el polvo y las revueltas del camino; pero se dejaron olvidados unos cubiertos de plata. En esto llegó un viejecito, bebió, vió los cubiertos, y cargó con ellos. No mucho después llegó otro pobre á la fuente, y cuando estaba bebiendo se presentó uno de los erizados de la familia del coche, preguntando por la plata olvidada. El pobre juró y perjuró que nada había visto, lo cual era cierto; pero se enredaron de palabras, de éstas pasaron á los hechos, y el que no tenía culpa ninguna pagó con su vida la terquedad del erizado. Tentado estuvo San Pedro de faltar á la palabra prometida al Maestro. Pudo contenerse, sin embargo, y por más vueltas que le dió á la cosa, no veía clara la justicia divina, que permitía quedara libre el verdadero ladrón, y el que estaba libre de culpa, pagara el pato.

Dijo por la noche sus recelos al Maestro, quien le contestó:

—«Así son muchas cosas. El pordiosero que se llevó los cubiertos era un infeliz, cargado de familia y de miseria; y jamás, salvo en esta ocasión, por inspiración mía, había tenido un mal pensamiento, mientras que el otro era un incorregible, para quien nada significaban respetos humanos ni advertencias divinas. El castigo del delito, que no cometió, lo tenía bien merecido por los innumerables consumados, y así fué hecho.»

—«¡Oh, Señor! replicó entonces el Santo. ¡Cuán inescrutables son vuestros designios!»

Por eso decía yo que, en nuestra limitada comprensión, no habíamos llegado á entender á D. Javier.

FEDERICO MUÑOZ.

NOTA EN EL PARTE DIARIO

«Lllaman á ésta con precipitación, y se contesta con parsimonia.»

P. P.

OTRA

«Orden Jefe servicio, cesa tormenta y se pone este aparato en línea.»

UN VETERANO.

CESE EN VERSO

Hace algunos años, estando de encargado de la estación de Guadix un amigo nuestro, puso esta anotación en el diario, para hacer constar el retraso con que le daba el cese:

La una en punto aparece  
De Guadix en el reloj;  
Granada le dice: cese,  
Y Guadix se retiró.

X.

IMBROGLIO

Sintaxis de un encargado de estación semafórica:

«Las carpetas que tengo el honor de pasar á manos

de V. S. no se las remito por no haber habido servicio en esta estación.»

S. C.

#### PLAGIO

Ni con *morses* ni con *hughes*  
Tiene el servicio remedio;  
Con *hughes*, porque no *pitán*;  
Con *morses*, porque... no qu ero.

ANGELITO.

#### LA MODESTIA

Es la cualidad que enaltece más á un Telegrafista, puesto que teniendo en sus manos la joya más preciosa del progreso moderno y siendo uno de los factores más indispensables para el desarrollo del comercio universal, que enriquece á los pueblos, el Telegrafista español sigue cada vez más pobre y olvidado á medida que crecen las necesidades que este mismo progreso va de arrojando.

S. RAMENTOL.



### LA PAGA Y LOS «PERROS»

Así como el día de la paga es el más triste del mes, en cambio aquel en que se abonan las nominillas de *perros* es el de mayor regocijo para los Telegrafistas.

Durante el primero de los mencionados días,



los *ingleses* están ojo avizor y no nos pierden de vista ni un momento.

La silueta del prestamista se destaca grave y silenciosa junto á la mesa del Habilitado, donde nos espera pacientemente para canjearnos, por el consabido recibo, una parte de nuestra modesta paga, dejándola todavía más *modesta*.

El sastre aguarda en el zaguán, echando *ternos* por la boca, para recordarnos el terno de otra clase que tenemos todavía impagado.

La patrona nos recibe en la escalera del hogar patronil, para advertirnos que su crédito es preferente, por tratarse del importe del auténtico

bacalao y de las chuletas, algo menos auténticas; atenciones todas que, por tener la calificación de *urgentes*, no pueden dársele *espera*.

El sereno que nos abre la puerta en las noches que nos tocan los turnos de retirada; el mozo del café donde nos tienen fiados los *cafeses* con tostadas absorbidos en las guardias nocturnas; la lavandera, el peluquero, todos, en fin, cuantos figuran en el *Debe* de nuestro Libro Mayor, cuyas páginas del *Haber* están en blanco, nos saludan ese día con cierto retintín, en el cual se transparenta fácilmente este profundo pensamiento:

«El mejor día, en vez de *paga*, este Telegrafista me da el *pego*.»

A la inversa, el día que cobramos los *perros*, es el más feliz de nuestra existencia.

Libre esta *renta* de los censos y gabelas que pesan sobre la otra, mientras de esta última, es decir, de la *paga*, no somos más que simples administradores encargados de aplicar el haber líquido en nómina al capítulo de «acreedores diversos,» la *renta* de los *perros* es, á su vez, de nuestro efectivo usufructo, y podemos aplicarla á nuestro libre albedrío.

A los empleados que han alcanzado en la nominilla de transmisiones una cifra importante, se les ve aquel día satisfechos y haciendo cálculos aritméticos sobre la distribución más conveniente de la mencionada cifra.

En cambio aquellos que han sufrido la cruel decepción de percibir una cantidad menos de la que habían calculado, están cariacontecidos, y miran con envidia á los otros compañeros, prometiéndose no quedar detrás de ellos en los meses sucesivos.

A lo mejor se oye decir:

—No sé cómo se las arregla este Palomilla para tener más *perros* que yo todos los meses, cuando yo hago al mes muchas más horas que él de servicio.

—Pues eso es que, siempre que puede, *mata*



el hilo de alguno de los compañeros de turno, para cargarse los *perros* de todos.

Hay quienes llevan la cuenta de los despachos



que han cursado, con tal exactitud, que no discrepa un céntimo de lo que arroja luego la nominilla de gratificaciones.

—Balduquez, ¿cuántos perros llevas tú hasta hoy?

—Pues tengo en este momento 3.486 transmisiones que, descontado el 11 por 100, hacen un total líquido de treinta y una peseta con tres céntimos y cuartillo. Pero creo llegaré á las cuarenta pesetas, porque todavía me faltan dos guardias de día, una de noche y dos relevos de comida antes de que se cierre la nominilla.

Los *perros* son el mejor estimulante del celo de los Telegrafistas.

Con líneas averiadas, aparatos casi inservibles y pilas mal conservadas y peor distribuidas, es un verdadero milagro el hacer un mediano servicio.

Sin embargo, se hace el *milagro*, gracias al estímulo de los *perros*. Suprimáuse éstos, y todo servicio resultaría imposible.

Bien ha hecho la Dirección general en respetar este capítulo de gratificaciones, en medio del desmoche efectuado en los últimos presupuestos.

Y conste que mi opinión es completamente desinteresada en el asunto, pues hace algunos años que no entra un *perro* en mi bolsillo.

MAIMÓN MOHATAR.

## FRANCISCO ROLDÁN

Antiguo Aspirante, pues ingresó en el Cuerpo en 1875, prestó servicio en la Central hasta fines del 76, y en Albacete hasta el 78, donde tomó el grado de bachiller. Vuelto á Madrid en dicho último año, sirvió hasta el 86 en la clase de Auxiliar tercero de la Dirección general, durante cuyo tiempo estudió la carrera de farmacia, doctorándose de la misma en 1885.

En uso de licencia desde el 1886, solicitó su reingreso el 91 como Auxiliar permanente, para servir la estación de Villacañas, de cuya villa es natural, y en la cual presta ahora sus servicios, como Aspirante, con el haber anual de 1.000 pesetas, menos el 11 por 100 de descuento, y menos los gastos de administración, casa inclusive, los cuales, como sucede á tantos otros de su clase, tiene que abonar de su bolsillo.

Ha hecho, pues, la carrera de farmacia, estudiando en las horas francas del penoso servicio de Telégrafos.

El día de la terrible inundación de Villacañas tuvo que aislarse, por tormenta, á la una de la tarde, como lo hicieron igualmente las demás estaciones del ramal de Quintanar.

Tan continuadas fueron, durante las primeras horas, las descargas atmosféricas, que no juzgó prudente abrir la comunicación hasta las cinco de aquella tarde; pero á dicha hora, viendo la imponente masa de agua que invadía el pueblo, des-

preciando el peligro personal ante lo que él juzgaba el cumplimiento de su deber, avisó á Alcázar de la inminencia de la catástrofe, cuya magnitud se desconocía aún en aquellos instantes.

A las seis de la tarde, y en los momentos en que las autoridades locales, ocupadas en apremiantes disposiciones, no habían recurrido todavía al telégrafo, Roldán dió cuenta á la Dirección general, Centro y Sección, del resultado de la tormenta.



D. Francisco Roldán.

Poco después, todas las autoridades y el público, que acababan de convencerse de la imposibilidad de hacer frente á la catástrofe con los recursos locales, invadían la oficina del telégrafo, expidiendo interminables despachos, á los cuales procuró Roldán dar salida, según aparecía ó desaparecía Madrid, por Alcázar y Ciudad Real, proporcionándole esto un trabajo, no interrumpido, de *treinta y ocho horas*, tiempo que tardaron en venir los compañeros enviados por la Dirección general para prestarle ayuda.

Durante ese espacio, se sostuvo Roldán sin moverse del aparato, alimentándose con sólo tres tazas de caldo, por no desperdiciar el tiempo necesario para la comida, y transmitiendo los despachos de los corresponsales de Madrid, sin tener lugar para contar las palabras, sino á medida que se iban cursando, y valiéndose para la

tasa de los mismos, de la honradez y fino trato de los periodistas, los cuales hicieron cuanto estaba de su parte por ayudar al ímprobo trabajo de aquel asiduo funcionario.

EL TELEGRAFISTA ESPAÑOL cumple hoy gustoso sus propósitos de consignar en estas páginas cuantas acciones notables hayan sido llevadas á cabo por individuos de la Corporación telegráfica, durante el año que termina, publicando ahora el retrato y biografía de este modesto funcionario que, en horas aciagas para la región manchega, supo sostener tan alto el prestigio del Cuerpo.



### ELECTRO-CHISMOGRAFÍA

Nos quejábamos de que aquí, en el Cable de Canarias, podían hacer los ingleses mangas y capirotos, pues la intervención por parte de los empleados del Estado era completamente ilusoria.

Pero ahora resulta que en el Cable de Puerto Rico sucede lo mismo.

También, según dicen, hay allí un Inspector que no inspecciona, y un Telegrafista, nombrado nada menos que de Real orden para interventor del Cable, á quien no dejan intervenir porque le obligan á prestar servicio en Correos.

¡Digo! Y eso que le habían ordenado intervenir de Real orden.

¿De orden de quién será necesario aquí mandar las cosas para que se cumplan?

La Dirección general ha destinado á Cadiz como *thompsista*, á nuestro compañero Félix Norzagaray.

Esto no tiene nada de particular. Al contrario, la elección resulta acertada, porque Norzagaray, además de conocer algo el *Thompson*, tiene buen golpe de vista y será, dentro de poco tiempo, un excelente funcionario en los Cables.

Lo que sí tiene de particular, y aun de original, es el recibimiento hecho en Cadiz á Norzagaray por los compañeros que practican el *Thompson* en aquella estación, y turnan ya en el servicio con los ingleses.

Para dar una idea del buen humor de aquella bendita tierra y de cómo son capaces nuestros compañeros, lo mismo de manejar un aparato difícil, con sólo quince días de práctica, que de dar las mayores muestras de ingenio, voy á transcribir algunas de las improvisaciones poéticas que se hicieron durante la cena preparada para solemnizar la llegada de Norzagaray á Cadiz.

Véase la siguiente que, después de un ensayo preliminar, se cantó á la hora de los brindis por los comensales:

(Música del coro de los doctores de *El rey que rabió*.)

Noticias fidedignas  
Que hemos tenido ayer,

Nos dicen que un *thompsista*  
Llegaba hoy en el tren.  
Solicitos nosotros  
Hemos venido aquí,  
Sólo para explicarte  
Que el *Thompson* es así.

(Aquí una señal que se hace estirando el dedo del corazón y arqueando el anular y el índice. La mano, en esta posición, deberá moverse á derecha é izquierda.)

Este el meneo  
Que tiene la luz,  
Pasará más *ducas*  
Que Cristo en la cruz.  
Chico, te has caído;  
Te cogió la changa  
Si vienes á Cádiz  
En busca de ganga.  
Porque, en vez de ganga,  
Bien pudiera ser...  
Que te diese un *trompis*  
Algún inglés.

Aquí estamos ya,  
Esto es lo que hay.  
¡Bien venido seas  
No zagaray!

Otro de los comensales, sintiéndose poeta al calor de la chispeante manzanilla de la tierra, improvisó la siguiente seguidilla:

El Thomson lo comparo  
Con la guitarra;  
Mientras estoy templando,  
La luz se apaga.  
¡Y es muy bonito  
Que, al faltar el petróleo,  
Falte circuito!

No hay que decir que en la reunión abundaron las muestras de ingenio, y que en ella se hicieron votos porque, antes de poco tiempo, no quede en nuestros Cables ni un solo inglés para un remedio.

ALMARO.

### ADVERTENCIA

Por falta de espacio, á pesar de la extensión que hemos dado á este número, nos vemos obligados á retirar, después de estar compuestos, bastantes trabajos de ilustrados compañeros, que publicaremos en los números sucesivos, con la nota de «Remitido para el Extraordinario.»